ENRIQUE SUÁREZ DE DEZA Y ZAPATA

HA ENTRADO UNA MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS, EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, ESTRENADA EN MADRID EL 18 DE MARZO DE 1925, Y REESTRENADA EL 11 DE ABRIL, EN EL TEATRO INFANTA ISABEL



MADRID

TIP. DE A. FONTANA
San Bernardo, 7.
1925

ENRIQUE SUÁREZ DE DEZA Y ZAPATA

HA ENTRADO UNA MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS, EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, ESTRENADA EN MADRID EL 18 DE MARZO DE 1925, Y REESTRENADA EL 11 DE ABRIL, EN EL TEATRO INFANTA ISABEL



MADRID

TIP. DE A. FONTANA
San Bernardo, 7.
1925

AL DOCTOR

DON MANUEL MARÍA OLIVER

COMO DISCÍPULO

Y COMO ARGENTINO,

El Autor.

HA ENTRADO UNA MUJER

ACTO PRIMERO

PERSONAJES

Marión.
Lulú.
Conchita.
Sofía.
Encarnación.
Rosita.
Pepita.
Criada.
Leonardo.
Oscarito.
Juan.
Paquito.

La escena en Madrid.—Época actual.—Decoración única.



ACTO PRIMERO

Salón a estilo antigno, muy moderno; muebles oscuros, pero endebles y nada macizos. Las luces, con pantallas. Alfombras, cortinas, bronces, etc.

Está en escena María, con Rosita, Conchita y Pepita.

MARÍA. ¿A quiénes tengo el honor de anunciar?

CONCHA. A Conchita Jiménez. *(Muy deprisa.)*

ROSA. Rosita Fernández.

PEPITA. Y Pepita González.

CONCHA. Somos tres.

ROSA. Eso es.

CONCHA. Nada más.

MARÍA. ¿Nada más?

ROSA. Nada más.

MARÍA. Yo no sé si la señorita estará en casa.

PEPA. Pregúnteselo usted.

MARÍA. Ahora mismo. Los que no están, para preguntárselo, son los señoritos. Ni el señorito Oscar, ni el señorito Juan.

CONCHA. ¿No?

MARÍA. No.

PEPA. ¡No! Claro es que sentimos no saludarles, aunque no veníamos más que a ver a su hermana.

ROSA. Claro, nada más que a su hermana.

CONCHA. ¿Y dice usted que no está?

MARÍA. La señorita no sé.

PEPA. Entonces sería mejor que nos fuéramos. Si no está...

CONCHA. Pero ya que estamos aquí...

ROSA. Eso es.

PEPA. Dígaselo usted.

CONCHA. Que estamos las tres.

ROSA. Ya nos conoce.

PEPA. Somos nosotras.

CONCHA. Conchita Jiménez.

ROSA. Rosita Fernández.

PEPA. Y Pepita González.

MARÍA. Está bien. *(Vase.)*

CONCHA. Está bien.

ROSA. Eso es. *(Pausa. Entra Lulú.)*

LULÚ. ¡Chicas! ¿Vosotras por aquí?

CONCHA. ¡¡Lulú!!

ROSA. ¡¡Querida!!

LULÚ. ¡¡Tanto tiempo que no os veía!!

PEPA. Desde ayer por la noche.

LULÚ. Lo suficiente para echaros de menos.

ROSA. ¡Qué galante!

LULÚ. Hay personas a quienes se echa siempre de menos; hay otras a quienes se les echa de más.

CONCHA. Y a nosotras ni de una cosa ni de otra, porque si nos echas, nos vamos.

LULÚ. Sentarse.

CONCHA. No, no...

ROSA. Es imposible...

PEPA. No tenemos tiempo...

LULÚ. ¡Qué lindo traje!... Pero, Conchita... Muy última, muy última...

~~CONCHA. Modelo de París.~~

~~LULÚ. ¿Lo compraste este verano?~~

~~CONCHA. No, lo compré en Madrid.~~

LULÚ. Ah, vamos: Madrid-París. Pero sentarse. Y tú, Pepita... ¡Chica, qué zapatos! ¿Pero gastas el 40?

PEPA. ¡Ay, hija! Me vienen grandes, no creas. Si me sobra un dedo.

LULÚ. ¿Tienes seis?

PEPA. Sí, sí, me vienen grandes.

CONCHA. Se prueba toda la zapatería. ¡Es imposible con ésta! Me aprietan... Ahora el talón... Ahora la punta... El otro día le dijo el dependiente: «Ya no tenemos más zapatos... Lo siento mucho... Como no quiera usted probarse la caja...»

PEPA. ¡Qué insolente!

ROSA. Lo diría por la medida.

LULÚ. Pues, hija, no sé cómo puedes llevar eso. Me pongo mala de verte. Deben ser pequeñísimos: es lo *chic*... Mira, yo transijo con que me deje el novio, con que me llamen fea, con el divorcio... Pero con los zapatos grandes, no.

PEPA. Hija, por Dios.

LULÚ. Es una autosugestión.

CONCHA. ¿Y qué es eso?

ROSA. No sé... Debe de ser el deseo de tener un *auto*.

PEPA. ¿Fuiste ayer al Palacio de Hielo?

LULÚ. Sí, sí. Un aburrimiento; ¡y hay cada fresco!

CONCHA. Es su elemento. Pero no te vimos la otra tarde en el Ritz.

LULÚ. No pude, querida. No hay tiempo. Coincidió la función de abono aristocrático y a la misma hora el baile benéfico en el Palace. ¡Es imposible! ¡Debían ponerse de acuerdo, para no obligar a las personas a pasar por el trance de tener que faltar a algo! ¡Qué gentes, no saben organizar! ¡No hay tiempo!

CONCHA. ¿Sabes? A mí me pretende un chico de pueblo.

LULÚ. ¿De pueblo? ¿Pero tú te permites eso? ¡Jesús, qué

vergüenza! ¡Tener en perspectiva un novio de pueblo! ¡Lo último! ¡Conchita a mitad de precio! Liquidación verdad.

CONCHA. Pues, hija, ¿de dónde tiene que ser?

LULÚ. De cualquier parte. Se puede tener novio de Inglaterra, de América, de San Sebastián, de tantas partes decentes como hay en el mundo. ¡Pero de pueblo!...

CONCHA. ¡Vamos! Como si el novio llevase una etiqueta diciendo de dónde es.

PEPA. Le voy a escribir a Trostky que me mande uno certificado de Rusia.

CONCHA. Ya se ve que tú no los usas.

LULÚ. Yo. Si hace dos meses que regañé con uno de Huelva...

ROSA. ¡Ay, de Huelva!

PEPA. ¡Vamos!

CONCHA. Dile que se vaya y que no *vuelva*.

LULÚ. ¡Oh, oh!... Pero, Conchita... ¡Qué horror! ¡Eso es lo último! ¡Un chiste así!... Eso ya no se usa. Es de mal gusto, desentona. Hoy nadie se ríe por un chiste. Hoy no se admite más que la ironía fina, correcta.

CONCHA. Pirandelliana.

PEPA. ¡Vamos! ¡Vamos!

CONCHA. ¡Adiós, hija!

ROSA. Sí, sí, vamos...

LULÚ. Pero ¿qué prisa tenéis? Un momento. ¿Para qué os vais corriendo?

CONCHA. No, no. Es imposible.

ROSA. No podemos esperar más.

PEPA. Lo sentimos.

CONCHA. Otro día volveremos. Hoy tenemos mucha prisa, mucha prisa.

ROSA. Adiós, querida.

PEPA. Hasta otro día.

CONCHA. Mucha prisa.

ROSA. Vamos, vamos. *(Entra Oscarito.)*

OSCAR. ¿Os vais?

LAS TRES. ¡Oscarito!

OSCAR. ¿Me vais a privar del placer de charlar conmigo, cuando os encuentro? Sí, sí, cuando os encuentro. Porque vosotras os habéis perdido. No se os ve por ninguna parte.

CONCHA. El perdido eres tú. Te pasas la vida en *dancings* y *cabarets*, y luego dices que no nos encuentras. Ayer estuvimos aquí, en tu casa.

OSCAR. ¡Claro! Me vaïs a buscar en unos sitios... ¡A cualquiera se le ocurre! ¡En casa! ¿Qué es lo que voy a hacer yo en casa?

CONCHA. No pretenderás que te vayamos a llamar a *Maxim*'s.

PEPA. Ni a otros sitios peores.

ROSA Llevas una vida de placeres...

OSCAR. ¿Yo? ¡Bah! A cualquier cosa llamáis placeres... ¿Está papá?

LULÚ. Allá dentro. ¿Y Juan?

OSCAR. No sé. Le vi en la *Peña* y me dijo que venía hacia aquí. ¿No ha llegado? No me lo explico. ¡Ah, vamos! Yo he venido andando y él habrá venido en *Ford*. ¿Y la carta?

LULÚ. ¿Qué carta?

OSCAR. Esa que llega todos los años. Hoy es el santo de papá. ¿No es cierto?... La carta misteriosa.

LULÚ. ¡Ah, sí! No ha llegado. Una carta que recibe papá todos los años de Nueva-York el día de su santo y no quiere decirnos de quién es.

CONCHA. Peliculesco.

OSCAR. Sentarse.

CONCHA. Un minuto nada más, porque nos vamos en seguida. *(Se sientan.)*

ROSA. Eso es; en seguida.

PEPA. En seguida.

LULÚ. ¿Por qué? Hace un momento no teníais prisa.

CONCHA. Que espere Roldán.

PEPA. El otro día, que estábamos citados, le esperamos desde las siete hasta las ocho.

LULÚ. Y ¿a qué hora estabais citados?

ROSA. A las seis.

OSCAR. ¿Qué, os divertís? Yo, no, queridas. Yo me aburro. Hace ya seis meses, seis meses enteros, medio año, ¿eh?... Que me aburro, sinceramente, de una manera espantosa.

CONCHA. Eres un cínico.

OSCAR. No: es franqueza. Hace seis meses que he empezado a mirar la vida de una manera nueva, rara... Como debe mirar el cocido uno que no tenga ganas de comer. ¡Es tan estúpido todo!; no me apetece.

PEPA. Que te lo sirvan con salsa tártara, que ya no se usa la mayonesa.

OSCAR. No, no; hablando en serio, me aburro. No hay nada que valga la pena. Tú busca alguna causa, algún fin que justifique la razón de la vida. ¡Bailar! Es ridículo. Dar vueltas un hombre y una mujer. Lo hacen los trompos. ¿Amarse? Mentira. La mitad de los estúpidos que creen suspirar de amor, suspiran de hambre. La otra mitad son los más vivos, los que hacen que suspiran. ¿Trabajar? ¡A quién se le ocurre! Eso ya pasó.

LULÚ. Neurastenia.

CONCHA. Entonces, ¿para qué vivimos?

OSCAR. Y ¿qué sé yo? Si yo hubiera hecho el mundo, hubiera hecho al mismo tiempo el objeto de vivir, un fin

especial de la existencia. Entonces sería otra cosa. Todo el mundo conocería el fin y se iría derechito a él, sin más complicaciones. Entonces nadie se aburriría. Pero así no hay forma. Unos dedican su vida al dinero; otros, al baile; otros, al amor; otros, al *sport;* otros, a pasar el rato. Pero a mí no me interesa nada de eso. Es estúpido interesarse por una pequeñez. Nada, que me aburro.

CONCHA. *¡Spleen!*

PEPA. Muy último.

LULÚ. Muy inglés.

OSCAR. Pero terrible. Francamente terrible. He pensado en la morfina, en suicidarme, en el matrimonio.

CONCHA. ¿No has pensado en trabajar?

OSCAR. No, no se me ha ocurrido. El otro día tuve un sueño macabro. Soñé con mi cadáver. Me había muerto y estaba frío. Todos de luto, la casa con media puerta abierta, es decir, con media puerta cerrada... Me salió al encuentro un fantasma, y va y me dice: *Quo vadis, Dómine?* ¡Atiza! ¡Qué querría decir! Luego reflexioné. ¡Ah, sí! *Quo vadis, Dómine?* ¿A dónde vas los domingos? Al cine. Se me habían olvidado todas las frases de la Revolución francesa. Me cogió de la mano, me llevó a un sitio oscuro. Era algo así como una carbonera. Todo acabó. Había muerto Oscarito. Y en *Maxim's* seguía el baile. Es horrible, ¿verdad? Yo creía que cuando uno se muere se debía acabar todo. También el baile; pues, no, señor, el baile seguía. Cuando uno se muere se deben morir todos, ¡vamos! Y yo en la carbonera. Al día siguiente me desperté en el balcón. Dicen las malas lenguas que vine alegre. Mentira. Alegre o triste, yo me acuesto siempre en mi cama, pero nunca en el balcón. Cogí un resfriado.

CONCHA. ¡Delicioso!

PEPA. ¡Delicioso!

ROSA. *(Lánguida.)* ¡Sencillamente delicioso!

OSCAR. Fuí a ver a un médico en seguida, y me dijo que era debilidad. Me cansaba, las piernas me dolían. Que se me quitaba yendo en *auto.*

LULÚ. ¿De qué marca?

OSCAR. Es lo mismo: *Roll, Packard, Studebaquer.*

CONCHA. Yo que tú, me suicidaba.

OSCAR. ¿Para qué? ¿Y si después de muerto me aburro más? Los fantasmas no deben ser divertidos.

PEPA. ¿Has conocido tú alguno?

OSCAR Sí, el de la Ópera.

PEPA. ¡Bah! Eso fué en París; yo digo en España.

OSCAR. Te diré. En España, los fantasmas solemos ser nosotros. Los hombres y las mujeres. Y si no, haz la prueba; fíjate. Cojes a una mujer, la desnudas: analizas parte por parte. Vanidad, deseo de sobresalir, que las lleva hasta... ¿qué te diré?... hasta vestirse modestamente para llamar la atención... Modernismo por fuera; por dentro, noches de luna, lagrimitas y amor... Sustancia *Palace* en gran cantidad... Sustancia Ritz, Alcalá, sábados del *Goya* y lunes del *Real Cinema*... Y se acabó. Ahí tienes el esquema de la mujercita. ¿Los hombres? A esos no hace falta desnudarlos. Chaleco de lana, entalle muy bajo, corbartas que facilitan el uso del microscopio...; les quitas un poquito de política, otro poco de *sport,* frescura, pesetas y tres horas de oficina... ¿y qué queda? Lo que de un cigarrillo después de fumar. *(Tirando el suyo.)* Colillas.

LULÚ. *(Molesta.)* ¡Y humo!

OSCAR. Por eso. Fantasmas. *(Echando la última bocanada. Entra Juan.)*

JUAN. *(Muy deprisa.)* ¡Hola! ¡Caramba! ¡Muy buenas! ¿Todos por aquí? ¿Qué tal, Pepita? ¿Qué tal, Rosita? ¿Qué tal, Conchita? Muy bien, muy bien. Vengo del *ring*. He estado oyendo los golpes de Firpo y Dempsey. Un *match* soberbio; nada, los campeones; el segundo *round*, admirable. El *field*, lleno; el *réferée*, emocionado; el *time-keeper*...

OSCAR. Véase el Diccionario.

CONCHA. ¿Dempsey en España?

JUAN. No: lo he oído por radiotelefonía.

CONCHA. ¡Ah!, ¡vamos!

LULÚ. He aquí al *sportman*.

PEPA. A mí me encanta el *foot-ball*. ¡Tiene una gracia eso de las patadas!

JUAN. Mucha, mucha. Ahora jugamos al *base-ball*. Es mejor. Lo más interesante en los tiempos modernos. Su origen puede hallarse en el *cricket* inglés, pero es más movido, más emocionante, y, como el mismo *cricket*, limpio, científico, nada brutal; exige cualidades físicas e intelectuales.

ROSA. ¿Y el *hurling*? ¿Qué me dices del *hurling*?

JUAN. ¡Oh, muy último! Sin embargo, no es muy conocido todavía en España. Fuera del *law-tennis*, del *yachting*, del polo, del tiro, de la natación, no se conoce nada, nada. Rudimentos.

LULÚ. ¡Ay, qué hermano! ¡Cuánto vale!

JUAN. Por Dios, querida... Se hace lo que se puede...

CONCHA. ¿Cuándo te casas?

JUAN. ¿Yo? Ese es el único deporte a que no me atrevo.

CONCHA. ¿Le tienes miedo?

JUAN. No. Me tiene miedo él a mí. Todavía no se me ha declarado ninguna.

CONCHA. Pero ¿esperas a que se te declaren?

JUAN. No; son ellas las que esperan a declararse a mí.

ROSA. ¡Jesús!

PEPA. ¡Ave María!

CONCHA. Vámonos, queridas, vámonos. Esta gente está loca.

ROSA. Sí, sí, vámonos.

CONCHA. Adiós, hija.

ROSA. Hasta mañana. ¡Qué dirá Roldán!

CONCHA. Tenemos mucha prisa.

PEPA. Vámonos.

ROSA. Adiós, queridos. Mucha prisa.

CONCHA. Vámonos, vámonos. *(Vanse las tres. Entra Don Leonardo.)*

LEONARDO. ¡Qué torbellino! ¡Qué animación y qué alboroto se arma en cuanto hay dos muchachas solteras! Francamente, queridos, no sé cómo no os mareáis.

JUAN. ¿Marearnos?

LULÚ. ¡Papá!

OSCAR. Te vas haciendo viejo.

LEONARDO. No; no se trata de eso. Es que sois de una manera especial: vivís en constante agitación, creéis que juventud es ir y venir, y bailar y reír, y hablar a doscientas palabras al minuto... Sois otra generación. En la mía la juventud tenía más calma.

JUAN. ¡Bah! Cosas tuyas. La juventud siempre ha sido lo mismo. Os empeñáis en decir que los modernistas vivimos a ochenta por hora..., y el único modernismo es el de los veinte años. Habría que verte a ti haciendo el oso en la calle de Alcalá. ¡Cómo correrías atropellando a las viejas para que no se te escapase la conquista! Es lo mismo. Cambian las cosas, pero no cambia la vida. Tú corrías a pie, y nosotros corremos en *auto*.

LEONARDO. Bien. Eso quiere decir que ya soy viejo.

JUAN. ¡No, no! ¡Protesto!

LULÚ. Si estás hecho un pollito...

OSCAR. Sobre todo, con ese peinado... Te quita cuarenta años de encima.

LEONARDO. Tengo cuarenta y tres; si me quitas cuarenta, podría ser tu hijo.

LULÚ. ¡Ya lo creo! Y os advierto que el mejor día se nos casa.

JUAN. ¡Ah, pues muy bien!

OSCAR. Encantados. Tener una mamita buena; como ya no se usan las madrastras de los cuentos...

LEONARDO. No os riáis. ¿Y si fuera verdad que me casara?

JUAN. ¡Hombre!

OSCAR. Sí, claro... Todo puede ser.

LEONARDO. No, pero esto no sería. Vuestra madre murió hace quince años. Era una santa.

LULÚ. Hablemos con franqueza, papá. Ya ves que nosotros casi no la hemos conocido. ¿La querías, la querías?...

LEONARDO. Sí, le dí todo mi afecto, sincero, grande, porque lo merecía. ¡Sí, sí, sí: la admiraba!

OSCAR. ¡Ah!

LEONARDO. Era buena, virtuosa; pero amor, lo que se llama amor...

LULÚ. Sí, sí..., comprendo.

JUAN. Entonces... tenemos razón los modernistas: el amor no existe.

LEONARDO. Te diré... Nosotros, los cursis, creemos que si no existe el amor, no existe nada.

JUAN. Eso no. Existe el cariño, el respeto, la consideración... Todo lo que tú tuviste.

LEONARDO. Sí..., tienes razón.

OSCAR. ¿No has estado enamorado nunca?

LULÚ. ¿Nunca?

LEONARDO. No.

OSCAR. ¿Ves?... No existe el amor.

JUAN. Oye, papá. ¿De quién es la carta? Sí, sí, la carta. Esa carta misteriosa que recibes en estos días todos los años. ¿Te pones triste? ¿No nos lo quieres decir? Está bien. No merecemos tu confianza.

LEONARDO. No es eso, Juan.

JUAN. ¿Entonces, qué es? Más que un padre, eres como un hermano nuestro. Eres joven: nos tratamos como cuatro compañeros. No hay ni un rincón de la vida de cada uno que no lo conozcan los otros tres. Todos sabemos que Oscarito tiene algo que ver con todas las tanguistas de *Maxim's* y que Lulú se ha reído de cuatro novios en dos meses...

OSCAR ¡Vamos! Y que tú...

JUAN. Sí, aquello. No tiene nada de particular. Y hasta tú mismo, papá, nos has contado el otro día tu último triunfo: la conquista de América. Y, sin embargo, hay algo que nos ocultas: esa carta que recibes todos los años, y que estará para llegar... ¿De quién es? ¿Qué te dice? ¿Por qué la esperas con tanta emoción? Es interés, no creas que es curiosidad.

LEONARDO. No, no es nada. Un amigo.

OSCAR. ¡Bah!

LEONARDO. Si os parece más moderno, una amiga.

JUAN. No, no es eso. ¡Parece mentira, papá!

LULÚ. ¡Papá!

MARÍA. *(Entrando.)* Señorito... El correo.

LEONARDO. ¡Traiga usted! *(Los tres hijos se juntan, mirando con curiosidad. Él, con voz que tiembla.)* España... España... España . España... Está bien. *(Vase María.)*

JUAN. ¿No ha venido?... Vendrá mañana. No va a dar la casualidad de que llegue hoy.

LEONARDO. Tal vez. Pero el correo de Nueva York ha llegado. Es extraño...; sería el primer año que faltase.

En fin, pronto lo sabremos. Voy a preguntar por teléfono. Así salimos de dudas. *(Vase.)*

LULÚ. Bueno...

OSCAR. ¡Bah!... Todo esto es estúpido. Una carta. ¿Qué importancia tendrá una carta, con los millones de ellas que pasan por la Cibeles? Francamente, es estúpido. ¡Y pensar que hay hombres capaces de suicidarse por una carta! No lo comprendo. O yo soy un animal, o el animal lo es el mundo.

LULÚ. ¡Qué horror! Es cierto. ¿Por qué no pruebas a suicidarte?

OSCAR. Lo he pensado muchas veces, querida. Pero no lo he hecho. Es decir, creo que no lo he hecho. A lo mejor estoy suicidado sin saberlo; sí, por dentro. ¿Y sabes por qué no lo he hecho?... Yo no lo sé. ¡Quién sabe! Por dejadez. Del dicho al hecho hay que tomar el tranvía.

LULÚ. ¡Atrasado! Dirás el *taxis*.

OSCAR. Bueno, adiós. Todo es lo mismo. ¡Es estúpido, señor! ¡Qué tendrá que ver el suicidio con los *taxis*! *(Vase.)*

LULÚ. ¿Ves? ¿Ves? Este chico está loco.

JUAN. No hagas caso, *sleeping*.

LULÚ. ¡Oh! ¡Pero Juan! *¡Spleen!* ¡Es *spleen!* ¡Has dicho *sleeping!* ¡Los coches-camas! ¡Qué escándalo, qué horror! ¡Si te hubiera oído alguien! ¡Todo un *sportman!* ¡Jesús! Me has puesto nervioso; déjame, déjame. No me mires, no te excuses, no me digas nada, nada.

JUAN. ¿Sabes tú inglés?

LULÚ. No. Pero ¿qué tiene que ver que no lo sepa? ¡Dios mío, qué horror! Tiene razón Oscarito. Esto es estúpido. Hay momentos en que me echaría a llorar. Sí, señor ¡Vamos!, ¡qué tendrá que ver el inglés con el *sleeping!* *(Vase.)*

JUAN. Bueno... Nos hemos lucido con la frase. De donde se deduce la gran importancia de las pequeñas cosas. Hoy no hacen llorar más que las cosas insignificantes. ¡Vaya por Dios! Ya está aquí la tía. *(Pausa. Entra D.ª Sofía, vieja estirada.)*

SOFÍA. ¡Hola, sobrino! ¿Cómo estás?

JUAN. Hola, tía. Aquí nos tienes. ¿Cómo no te ha acompañado la tía Encarnación?

SOFÍA. ¿Encarnación? ¡Oh, Encarnación! ¡No me hables de Encarnación!

JUAN. ¿Qué pasa?

SOFÍA. Nada. Hemos regañado hace un momento. Y hemos venido cada una por su lado. Ella llegará ahora. No creas, no: ha quedado la cosa muy tirante.

JUAN. Pero ¿se han tirado de algo?

SOFÍA. Poco faltó.

JUAN. Como siempre.

SOFÍA. No, ahora todavía peor; es mi hermana, pero yo no puedo vivir con ella.

JUAN. ¡Vamos!... Caín y Abel, femeninos. Se reproduce la Biblia.

SOFÍA. ¿Y tu padre?

JUAN. Bien. Es decir, triste.

SOFÍA. ¿Qué le pasa?

JUAN. No sé. Esperaba una carta que no ha llegado.

SOFÍA. ¡Ah, vamos!, ya sé.

JUAN. ¿Cómo?... ¿Tú sabes?

SOFÍA. Claro... ¿No lo he de saber?... A mí no me gusta meterme en estas cosas. Es la carta de Nueva York, ¡claro! Veinte años seguidos sin dejar de venir... No es una historia de un día, que esto viene de largo. Trae cola. ¡Qué quieres, hijo, hay sinvergüenzas en el mundo!... Dicen que si él no tuvo la culpa, que si es muy bueno, que si la culpa fué de la vida, que pre-

paró las circunstancias... Pamplinas; eso de las circunstancias es un invento de todos los sinvergüenzas. Pero, en fin, no quiero hablar. Luego dicen que si digo, que dijeron... No, no. No me gusta meterme en estas cosas.

ENCARNA. *(A gritos.)* ¡Vamos, hombre! ¿Desde cuándo necesito que se me anuncie? ¡Yo estoy en mi casa, y usted está en el limbo! ¡No faltaba más! Y le advierto que llamo a un guardia. ¡Qué a un guindilla! ¡Se le llama guardia en castellano! ¡Ni que estuviéramos en la China! ¡Qué barbaridad! ¡Vaya un jaleo! *(Entrando.)* ¡Hola, querido! Dispensa. Esa gente no sabe más que gritar. No se puede con ella. ¿Cómo estás?... ¡Qué mala cara!... ¡Ah, ya lo comprendo!...

JUAN. Tía...

ENCARNA. ¡¡Nada, nada, ésa!! ¡A cada cosa lo suyo, a cada cual por su nombre, y al pan, pan, y al vino, vino! ¡Pues no faltaba más!

SOFÍA. ¡Qué ordinarieces!

ENCARNA. ¡Vamos, hombre! ¿Es que me voy a callar? Cuando yo pienso una cosa, la digo. Ahora, que no digo ninguna cosa sin pensarla, que ya es bastante. Franqueza se dice en castellano; soy muy franca, muy franca.

SOFÍA. Ha querido decir bruta, pero se ha equivocado.

ENCARNA. ¿Qué te estaba diciendo ésa? Como si lo viera: líos, enredos, chismes, comidillas y cuentos. No me digas nada, hombre, no me digas nada. ¡Tú también pareces medio bobo! ¡Jesús, qué hombres! ¿Y el canario? ¿A que se os ha muerto? ¿Lo ves? En esta casa no pueden vivir más que los animales grandes. ¿Y tu padre? Ese no se ha muerto, ¡claro! ¡Lo digo porque, si no, me hubiera enterado! Dile que salga.

JUAN. Ahora mismo. Voy a llamar.

ENCARNA. Pero ¿qué haces?

JUAN. El timbre.

ENCARNA. ¡Vamos, hombre! ¡Qué timbre, ni qué pepinos! ¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡Que salgas, hombre, que salgas! *(Salen Don Leonardo y Oscarito.)*

LEONARDO. Pero ¿qué pasa? ¡Ah, es que estás tú! Ya me lo explico. ¿Qué tal, queridas?

SOFÍA. ¡Hola, Leonardo!

OSCAR. ¡Qué milagro!... Verlas a las dos juntas... ¿Cómo estás, tía?

ENCARNA. ¡Qué tía ni qué pepinos! Tú no me llamas tía hasta que no trabajes en algo. Y ¿en qué trabajas, gandul?... ¿En pulirte las uñas, o en hacerte corbatas a lo Tutankamen? ¿Todavía estamos rascándonos, eh?

OSCAR. Pero, tía... En nuestros tiempos, y con dinero por delante... ¡quién piensa en trabajar!

ENCARNA. ¿Quién? El que tenga sentido común. ¡Caray con los modernistas! La neurastenia hace estragos. En mis tiempos se les llamaba haraganes. Así. Cada cosa por su nombre, y al pan, pan, y al vino, vino.

SOFÍA. ¡Oh!... ¡Qué falta de delicadeza!...

ENCARNA. Bueno, pues vengo a felicitarte. Hoy es el día de tu santo, y por eso he venido; si no, no aparezco por aquí en toda mi vida.

SOFÍA. ¡Qué barbaridad!

ENCARNA. Es que no os puedo tragar, ¿eh? Sois la casa de los locos. Tú, una especie de viejo verde, como esos que son jóvenes porque les han metido un mono dentro; éste, un sinvergüenza, que con la neurastenia se gasta el dinero de todo el mundo... Este, con eso del *foot-ball* y otras cosas, da unas patadas de camello... y la chica, que no ha salido porque se estará pintando, una titiritera que hace figuritas en el Palace... No, no le digas que salga. No tengo interés en

verla. Para ver acuarelas, la Exposición de Bellas Artes. ¡Ah!, y no se me vaya a olvidar, que a eso venía: ¡felicidades!

LEONARDO. Gracias, mujer; muchas gracias.

ENCARNA. De nada. Se dice de corazón; ya lo sabes.

SOFÍA. Que pases muy feliz día y que podamos felicitarte siempre con tanta razón como ahora. Estás hecho un chiquillo; nadie te daría más de treinta y tantos años.

ENCARNA. ¡Toma! Yo se los daría, si pudiera quitármelos. ¡Qué cosas tienes!

MARÍA. *(Entrando.)* Señor... Acaba de llegar una señora que pregunta por usted.

LEONARDO. ¿Por mí?

SOFÍA. ¿Eh?...

JUAN. ¿Qué dice?

ENCARNA. ¡Una señora!...

LEONARDO. ¿No ha dicho su nombre?

MARÍA. Lo pregunté, pero no lo ha querido decir. Dice que es un momento nada más. Que como es el santo del señor, viene a felicitarle.

LEONARDO. ¡Caramba!

OSCAR. ¡Caramba!

ENCARNA. Eso: ¡caramba!

SOFÍA. ¿Viene bien vestida?

MARÍA. Sí, señora. Un traje claro que es una preciosidad; es una señora que viste muy bien; además, se adivina su distinción en seguida; una señora muy *chic*, elegantísima.

SOFÍA. ¡Caramba!

ENCARNA. ¡Caramba!

LEONARDO. Está bien. Dígale usted que pase.

MARÍA. ¿Aquí?

LEONARDO. No, a mi despacho. *(Vase María.)*

ENCARNA. ¡Vámonos, vámonos!

LEONARDO. ¿A mi despacho?

ENCARNA. ¡No, hijo! Cada uno a su casa, y en la tuya esa señora. ¡Vamos, hombre, con el viejo verde!... Pero ¿qué las das, rico? No será caramelos. ¡Ay! Vienen señoras desconocidas a felicitarle... ¡Pero, hombre, ya es hora de echar el completo!

LEONARDO. ¡Mujer, por Dios!... ¿Quieres que la eche?

ENCARNA. ¡Ay, no! ¡Después de haber subido la escalera, no faltaba más!... ¡Vámonos, anda; vámonos! Pero ¿qué hacemos? ¡Si no se mueve nadie!...

OSCAR. Sí, dejemos libre el campo.

JUAN. Eso es, vámonos. *(Todos sentados.)*

SOFÍA. Debemos irnos.

OSCAR. Pues, vamos.

ENCARNA. No te apures, Leonardo. ¡No me dieran a mí más trabajo que movilizarlos!... ¡Verás, hijo, diez segundos de solución! *(A empujones)*. ¡Adiós, Oscarito! Me han dicho que te vas para tu cuarto. Que no trabajes tanto, hijo. ¡Y no te mates, querido, que la salud es lo primero!... *(Mutis de Oscarito.)* ¡Adiós, Juan! ¿Por qué te vas, hombre? ¿Es que te espera la chica para que le arregles el colorete?... ¡Adiós, hombre! ¡Jesús, qué prisa les ha entrado! ¡Ni se puede una despedir de ellos! ¡Que os zurzan! *(Mutis de Juan.)* ¡Hasta el año que viene' ¡Vámonos!

SOFÍA. ¡No me toque usted!

ENCARNA. ¡A la calle!

SOFÍA. ¡Le digo que no me toque usted!

ENCARNA. ¡Vamos, señora! ¡Mire usted que la vieja!... ¿Para qué querré yo tocarla? *(Mutis de Sofía.)* ¡Y ahora... ahora te quedas solo!... ¡Pillín! Le diré a la criada que la pase aquí. Aquí se está mejor, aunque tú ahora estarías mejor en cualquier parte. ¡Adiós, Leonar-

do! Todavía eres joven. *(Volviéndose.)* ¡Ah!, se me olvidaba: ¡felicidades! ¡Es cierto, a eso venía! ¡Perdona, chico! ¡Felicidades! *(Vase Encarnación. Una pausa larga. Leonardo pasea nervioso, luego se detiene. En el umbral de la puerta aparece una figura elegantísima de mujer.)*

LEONARDO. Adelante. Pase usted, señora.

MARIÓN. Gracias. ¿Tengo el gusto de hablar con don Leonardo Aldama?

LEONARDO. Servidor, señora.

MARIÓN. ¿Es usted?... ¿Es verdad que es usted Leonardo Aldama?

LEONARDO. ¿Por qué iba a engañarla? No tengo motivos para ello. Pero siéntese, señora.

MARIÓN. Es usted muy amable. Muchas gracias. *(Se sientan).* Le habrá a usted extrañado mi visita, ¿no es cierto? Sí, sí. Hay cosas que no pueden negarse. Y esperará usted ahora que, al explicarle el motivo de ella, venga a satisfacer su curiosidad. Pues lo siento mucho. El motivo de mi visita le va a extrañar a usted mucho más todavía. Vengo a que seamos amigos.

LEONARDO. ¡Por Dios, señora!... ¡Encantado! ¿Qué más puedo yo desear?

MARIÓN. ¿De manera que usted no se opone a que seamos amigos?

LEONARDO. ¡Al contrario! Honradísimo con su amistad.

MARIÓN. Sin embargo, usted no me conoce. Puedo ser en este instante, desde una aventurera, hasta una cocote; desde una madre de familia, hasta una monja escapada del convento.

LEONARDO. Supongo que no será usted nada de eso.

MARIÓN. Entonces, ¿qué soy?

LEONARDO. No sé. Una señora.

MARIÓN. ¿Y concibe usted que una señora se presente en la casa de un caballero, así, a buscar su amistad? Confiese usted, amigo Leonardo, que la situación es bastante original. Porque ya somos amigos, ¿no es verdad?

LEONARDO. Sí, señora. ¡No faltaba más!

MARIÓN. Muchas gracias, Leonardo. El amigo es el más difícil de encontrar. Hoy se encuentran novios, esposos, amantes... ¡Pero, amigos!... En fin, ya iremos tomando confianza poco a poco... Yo soy una mujer muy americana, muy moderna, que puede vivir sin todo, menos sin amigos. Para que fuésemos intimando le debería explicar mi vida; pero no tiene importancia. Lo interesante no es más que esto: que soy una mujer.

LEONARDO. Bueno; pero eso ya lo sabía desde el momento en que usted entró. Saber eso, no es saber nada.

MARIÓN. Al contrario, es saberlo todo. Cuando me marche y corran sus hijos a preguntarle quién era, contésteles que era una mujer.

LEONARDO. Dice usted mis hijos... ¿Me conoce usted?

MARIÓN. Por referencias.

LEONARDO. ¿Buenas o malas?

MARIÓN. Malas.

LEONARDO. ¡Es usted muy amable!

MARIÓN. Pero no se apure, Leonardo; comienzo a comprender que me engañaron.

LEONARDO. Es usted muy agradable.

MARIÓN. ¿Verdad?

LEONARDO. Muchísimo.

MARIÓN. Y tú muy simpá... ¡No, perdone usted! ¡Todavía es pronto para tutearnos!

LEONARDO. ¿Por qué? Entre dos amigos como nosotros...

MARIÓN. No, no, no. Las cosas precipitadas, siempre salen

mal. Yo soy una mujer con pies de plomo. Es preciso que nuestra amistad no sea como esos amores de los quince años, que hacen ruido y luces, y después se apagan como los fuegos artificiales... No, no. Yo quiero una amistad sincera, que se vaya haciendo lentamente, para que no se destruya nunca.

LEONARDO. Sí, haciéndose lentamente... Como la nuestra... Como esos amores grandes y tranquilos que, porque nacen al fin de la vida, no tienen tiempo para morir... ¿No es cierto?

MARIÓN. Sí, sí; eso. Es usted muy simpático y lo ha dicho usted muy bien. Le quiero mucho, de veras.

LEONARDO. Y usted encantadora.

MARIÓN. No tanto. Original. Solamente original.

LEONARDO. ¿Y puedo saber su nombre?

MARIÓN. ¿Nada más? ¿No le interesa a usted nada más que mi nombre? Confiese usted que es bien poco interesarse.

LEONARDO. Todo en usted es interesante.

MARIÓN. No, no, no; eso no. De ninguna manera; me marcho. Yo no permito que usted me haga el amor.

LEONARDO. No se trata de tanto...

MARIÓN. Porque a eso vengo yo. Sí, señor, con franqueza, vengo a hacerle el amor.

LEONARDO. Caramba, ¡encantado!

MARIÓN. Pero no se acerque usted: el amor, el que yo hago, es siempre a metro y medio. Ya sospechará usted que soy una señora decente.

LEONARDO. Délo usted por sospechado.

MARIÓN. Muchas gracias. Ahora la encantada soy yo. Pues bien, caballero Leonardo, siendo ya amigos, voy poquito a poco a serle franca. Yo soy una mujer norteamericana, muy exagerada, muy excéntrica y

especial; tengo muchas manías, muchas debilidades que me dominan. Vengo de Nueva York.

LEONARDO. ¿De Nueva York?

MARIÓN. Sí, de Nueva York. ¿Tiene algo de particular? Nada. Quizá sea más interesante el motivo de venir. ¿A que no sabe usted a qué vengo?

LEONARDO. ¿A qué?

MARIÓN. A casarme.

LEONARDO. ¿A casarse? ¿Y con quién?

MARIÓN. Pues con usted. Por eso le hago el amor; yo no hago el amor nada más que con fines serios.

LEONARDO. Explíquese, señora...

MARIÓN. A eso voy. Allá lejos, en lo alto de un rascacielos de la Quinta Avenida, yo tenía una amiguita; era española. Intimamos tanto, que llegué a conocer su historia. Usted me perdonará, amigo Leonardo, que le venga con historias. Pero es corta. Verá usted. A los diez y seis años sufrió en Madrid lo que se llama vulgarmente una caída... Y a los nueve meses de caer nació una criatura: no sé si niño o niña. Él era un hombre casado y logró que su hijo fuese llevado a su casa. Ella, la chiquilla, perdió el juicio, y en tres años enteros estuvo loca. Todo huyó de su pobre cabeza; no le dijeron si fué un hijo o una hija, y hasta no supo cuándo lo tuvo. Olvidó todo. Pero era rica. Había que componer la honra. Un sinvergüenza se encargó de ello. Le casaron y se la llevó a América. ¡Qué vulgar!, ¿no es cierto? Luego volvió la vida y la luz a su cerebro. Entonces ella me dijo hace meses: cuando se muera mi marido, iré allá, a ver si él, que ahora es viudo, me permite que viva con ellos, junto a mi hijo... Ella le escribía todos los años, y por ahora creo que era, una carta. Eso es, sí: sólo una carta...

LEONARDO. ¡¡María!! ¡¡María!!

MARIÓN. Sí, María se llamaba. Pero ¿por qué me mira usted así? Me habló tanto de Leonardo, pintándole con tanta simpatía, que, sin quererlo, me fuí enamorando de usted. Una mañana, después del desayuno, noté que estaba perdidamente enamorada. Y aquella misma tarde, una tarde triste y romántica, hice traición a mi amiga: partí de Nueva York, y aquí estoy. Vengo a casarme.

LEONARDO. ¡Hace veinte años! ¡Dios mío! ¡Se puede cambiar tanto!

MARIÓN. ¿Se pone usted malo? ¡Jesús! Es el primer hombre que se pone malo al recibir una declaración. No me lo explico.

LEONARDO. Siga usted... Siga usted...

MARIÓN. ¡Ay, no señor! Lo siento mucho, no puedo seguir, porque ya he terminado. Ahora al que le toca seguir es a usted. ¿Nos casamos?

LEONARDO. ¿Quién?... ¿Pero quién?

MARIÓN. Usted y yo. Resulta que no se había enterado.

LEONARDO. ¿Es que ha muerto el marido de ella?

MARIÓN. No, señor. Nunca mueren los sinvergüenzas. Pero ¿qué tiene que ver eso para que nos casemos nosotros dos? Ah, vamos; ¡ya lo comprendo! Han pasado veinte años. Usted ya no se acuerda de la cara de aquella chiquilla que se llamaba María. Hace bien; de los que se mueren, o de los que se van, no va uno a acordarse toda la vida. Y por eso me mira usted con esos ojos... No, señor, no. Yo no soy ella; yo me llamo Marión Smith, vengo a casarme y soy una mujer norteamericana. Vea usted cuánta diferencia hay entre las dos.

LEONARDO. No es verdad; yo me acuerdo, me acuerdo de ella...

MARIÓN. ¿Para qué? No crea usted que ella va a agradecér-

selo... ¡Pueden tanto veinte años!... ¿No sabe? Murió el sinvergüenza, y ella... murió. Sí, sí, murió. Pero en el mismo cuarto que murió ella, nació Marión Smith, nació una mujer donde murió una chiquilla

LEONARDO. ¡¡María!! ¡¡María!!

MARIÓN. No, no. Soy una señora decente... El amor a metro y medio. Y le advierto a usted, caballero, que me llamo Marión.

LEONARDO. ¡Déjame que te mire! ¡Quién iba a conocerte!

MARIÓN. ¿Ya me hablas de tú? ¿Ves? ¡Resultamos tú y yo más amigos de lo que pensábamos ser! ¡Hace veinte años, Leonardo! Yo tampoco te conocí a ti; eres un señor y te dejé un muchacho... ¿Te acuerdas de aquel amor, que hacía ruido y luces? Se apagó. Sólo al entrar, cuando te vi, tembló tu nombre en mis labios y estuve a punto de hacer una escena de lagrimitas, de esas que tanto se usan en España... Casi, casi me olvido que soy Marión Smith. Bueno, ¿nos casamos?

LEONARDO. ¿Dices que murió nuestro amor?..

MARIÓN. Sí, es cierto. ¡Al cabo de veinte años mueren tantas cosas! ¿Quién se extraña de que muera el amor?

LEONARDO. Entonces..., ¿para qué nos casamos?

MARIÓN. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo, Leonardo! ¿Comprendes? ¡Quiero conocerle, vivir junto a él, saber que le tengo cerca y que él me ama más que a todos! Es un amor nuevo que despierta en mí, no sé... Tener un hijo entre mis brazos y besarle con toda el alma en cada beso... Saber que es mío e irle dando todo mi amor para que él me vaya amando mucho, poco a poco... ¿Comprendes? ¡Mi hijo, Leonardo! ¿Comprendes?

LEONARDO. ¡Es que eso no puede ser!

MARIÓN. ¿Por qué? ¡Quiero conocer a mi hijo! ¡Lo quiero! ¡A

eso vengo! Allá murió el sinvergüenza y yo quedé sola. Aquí está mi hijo. Estás tú. Es lógico que venga.

LEONARDO. No, no...; no puede ser... Cambiar de vida así, de repente...

MARIÓN. Yo seré una esposa buena, Leonardo; haré lo que tú quieras...

LEONARDO. Lo creo.

MARIÓN. Entonces..., ¡por el amor de nuestro hijo debemos casarnos!

LEONARDO. Es que ese amor puede que sea un peligro. Yo tengo tres, tú no tienes más que uno. Para ese uno serías tierna, dulce; para los otros, serías casi indiferente. Y eso no, no.

MARIÓN. No, Leonardo... Para mí los tres serán iguales...

LEONARDO. ¡Si no puede ser! ¡Si es muy natural que no lo sea! Para tu hijo serías la madre. Para los otros serías... la esposa del padre, que es distinto... No es nada malo, no. Es lo natural. Lo que debe ser. Por mucho que disfraces tus sentimientos, en un gesto, en una palabra, y a veces en una mirada, cualquiera sería capaz de advertir tu preferencia... Quizás hasta mis mismos hijos llegarían a sospechar... y eso no, María, eso ¡¡no!!... ¡Yo quiero que lo ignoren siempre!...

MARIÓN. Bien. ¿No te detiene más que eso?

LEONARDO. Nada más. Te lo juro.

MARIÓN. Entonces, todo está arreglado.

LEONARDO. ¿Cómo?

MARIÓN. No me digas cuál es. Yo no le conozco. Te lo llevaste a las dos horas de nacer. Viviré junto a él, le tendré cerca... y en tus tres hijos veré el mío... ¿Quieres?

LEONARDO. ¿Serías capaz?

MARIÓN. Sí, ¡yo te juro que lo seré!

LEONARDO. Bien. Entonces, nos casamos. Pero ten en cuenta que no te diré jamás, jamás, cuál es el tuyo. ¿Quieres?

MARIÓN. Sí, quiero.

LEONARDO. Ese es nuestro pacto, María.

MARIÓN. Sí, Leonardo, sí, ¡¡nuestro pacto!!

LEONARDO. Voy a presentarte a tus hijos.

MARIÓN. ¿Ahora?

LEONARDO. ¡Claro! ¿Por qué tiemblas, mujer? Son muy buenos; espera, voy a llamarlos. *(Llamando.)* ¡¡Juan!! ¡¡Lulú!! ¡¡Oscar!! Los tres, los tres, sí...

MARIÓN. Los tres...

LEONARDO. ¡¡Venid un momento!!... *(Entran Lulú, Juan y Oscar.)*

JUAN. ¿Nos llamabas?

LEONARDO. Sí. Os voy a presentar a esta señora. *(Despacio.)* Oscar... Lulú... Juan..., tus hijos. María: vuestra madre.

OSCAR. ¿Eh?

LULÚ. ¿Cómo?

JUAN. ¿Qué dices?

MARIÓN. Sí, sí, madre; ha dicho madre. Vuestro padre es tan testarudo, que se le ha metido en la cabeza y nos vamos a casar. Por eso, seré vuestra madre. *(Dirigiéndose a ellos temblorosa.)* Tuya, Oscar, tuya, ¿verdad? ¿Me querrás mucho?... Tuya, Lulú... mírame... ¡qué bonita eres!... Y también tuya, Juan... ¡eres todo un hombre!... *(Volviéndose deshecha por la alegría y por la duda.)* ¿Lo ves... Leonardo, lo ves?...

TELÓN

HA ENTRADO UNA MUJER

ACTO SEGUNDO



ACTO SEGUNDO

(La misma decoración.)

JUAN. Bueno. Ya estamos solos. Los papás, de paseo. Llegó la ocasión de que hablemos.

OSCAR. Pero ¿de qué vamos a hablar?...

JUAN. ¡Oscarito! Me indigna esa indiferencia tuya para las cuestiones de familia.

OSCAR. Por Dios, Juan... Las cuestiones de familia son muy respetables siempre. Por eso no me ocupo nunca de ellas.

JUAN. ¡Ah, pues ahora es preciso ocuparse! ¡Nuestra situación actual es inverosímil! ¡A nuestros años caernos una madrecita del cielo!

LULÚ. Sí... del cielo. Allá arriba también se pintan los labios. Es escandaloso. En mí está bien, soy una chica; en ella no, es una madre.

OSCAR. Política.

JUAN. ¡Nuestra situación ha cambiado; ya no somos los mismos. Papá era otro hermano como nosotros. Se ha casado, y aquí todos estamos de más. Eso de que tenga que toser al entrar, por si acaso...

OSCAR. ¡Oh, sí! Tienes plena razón, querido. Hace daño a la garganta.

LULÚ. Además, ¡es horrible! Esa mujer es elegante, es

distinguida, tiene un gusto exquisito, lleva unos sombreros preciosos. Es horrible... Vosotros comprenderéis que es horrible.

OSCAR. Sí, en efecto. Es demasiado para que una mujer perdone a otra.

LULÚ. ¡Ay, hijo! ¿Me harás el favor de no creer que es envidia? Cada uno debe vivir conforme a su edad. En mí está bien el Ritz, los abonos y el Palacio de Hielo... A ella le sentarían muy bien las novenas y las Juntas benéficas; cada edad tiene sus diversiones.

OSCAR. De acuerdo. Pero, tratándose de mujeres, la edad es como la política: tiene muchas sorpresas.

JUAN. Bueno; y tú, ¿qué piensas? ¿Tú no tienes que decir nada en contra de ella? ¿A ti te parece muy bonito todo esto?

OSCAR. Te diré. Es una situación original. Papá se ha casado con una mujer interesante. Papá es un hombre inteligente. Cuando lo dice un hijo... Ha cometido, en efecto, la tontería de casarse; pero también la puedo cometer yo. Cuando se trata de tonterías, siempre es mejor que las haga otro. Y si no, ved el resultado: vivimos junto a una mujer interesante, que no es nuestra mujer. Un sueño sin pesadilla. Francamente, el ideal.

JUAN. ¡Tú estás loco! ¿Y nuestra libertad? ¿Dónde queda nuestra libertad de antes? Te digo que no estoy dispuesto a soportarlo.

LULÚ. ¡Ah!, sí, la libertad; se me olvidaba... Ni yo tampoco...

JUAN. Era lo único que nos faltaba. Los cuatro, tranquilos toda la vida, y ahora, de repente, la catástrofe. Ha entrado una mujer; y es el papá el que se casa.

OSCAR. Hoy los jóvenes tenemos más sentido práctico.

LULÚ. ¡Dios mío! Una madrastra. Pero una madrastra agradable, simpática... ¿pero dónde se ha visto? ¡Vamos! Una mujer así es imposible de soportar.

JUAN. Yo me marcho. No vivo más en esta casa. Se acabó.

OSCAR. ¿Qué dices? Eres tú el loco. Ya sabes que todo nuestro dinero es de papá. Mamá no tenía nada. ¿De qué vas a vivir? ¿Y la gasolina para el auto?

JUAN. Le vendo.

OSCAR. ¡Oh!, un hombre que vende su *auto* es hombre que se vende a sí mismo.

JUAN. Bueno, pues hay otra solución. No quiero decírosla porque es muy triste.

OSCAR. ¿Te matas?

JUAN. No. Me caso.

OSCAR. ¡Ah!, muy bien. Te casas. Las tonterías de otro no se remedian más que con las tonterías de uno. El hacer tonterías es costumbre de personas inteligentes. Por eso hay tantas tonterías y tan pocos tontos. Pero permíteme, si te casas, que te pregunte con quién. Me han interesado siempre los detalles.

JUAN. Eso quisiera saber, con quién me caso.

LULÚ. Con una chica rica, naturalmente.

JUAN. ¡Claro! ¿De qué vamos a vivir, si no? ¡Tiene gracia! Además, ha de ser *chic*, moderna, elegante..., como nuestra hermana, por ejemplo. ¿Verdad que tú apruebas mi idea?

LULÚ. ¡Ay, sí, sí, sí, por Dios! ¿Cómo no iba a aprobarla? De tal modo me parece buena, que voy a seguir tu ejemplo. Sí. Yo también me caso.

OSCAR. ¡Oh!, las desgracias nunca vienen solas. Pero lo más horrible es lo de Juan. Cuando un hombre se decide a casarse, es fatal: se casa.

LULÚ. ¡Y cuando una mujer se decide a casarse!...

OSCAR. Hay que esperar a que se decida él.

JUAN. Bueno... y... ¿con quién nos casamos?

LULÚ. Tú dirás. Es molesto, pero no hay más remedio que elegir.

OSCAR. Claro.

JUAN. Vamos a pasar revista de las que conocemos. Vete diciendo, a ver si encuentro la mía.

LULÚ. ¿María Ester?

JUAN. ¡Ah, estás loca! ¿Voy a casarme con un aparato de radiotelefonía?

LULÚ ¿Pochola?

OSCAR. ¡Por Dios! Una mujer que no conoce los autores rusos, que no sabe jugar al *tennis*... ¿Qué hogar puede hacerse con una mujer así?

LULÚ. ¿Conchita?... Yo creo que te conviene.

OSCAR. Un millón, hija única, no tiene madre.

JUAN. No está mal.

OSCAR. Nada, nada, te casas, ya está. No es nada del otro, mundo para pensarlo tanto. A ver tú: Echevarrieta.

LULÚ. ¡Oscar! Echevarrieta no sabe dónde tiene la mano derecha, y además, su apellido es vasco y él no lo es. Un hombre que engaña así, es muy capaz de engañar a su mujer. No no. Somos modernos, pero nuestra idea del matrimonio no puede librarse de ciertos prejuicios; el engañarse, por ejemplo, está mal. Además, es absurdo casarse con un hombre inculto.

OSCAR. Sí. Son casi tan peligrosos como las mujeres sabias. Bueno, pues otro: Paquito Luján.

LULÚ. ¿Rico?

OSCAR. Lo bastante para tener mujer.

LULÚ. ¿Inteligente?

OSCAR. No ha hecho versos jamás.

LULÚ. ¿Ideas políticas?

OSCAR. Es tan conservador como los liberales.

LULÚ. Me conviene.

JUAN. Pues nada, yo me caso con Conchita.

LULÚ. Y yo con Paquito Luján.

OSCAR. Bueno, pero... ellos no saben nada. ¿Cómo van a casarse sin saberlo?

JUAN. ¡Hombre, por Dios!

LULÚ. ¡Qué cosas tienes! Ya se lo avisaremos.

OSCAR. ¡Encantado! Realmente maravillado de vivir en un siglo donde ocurren cosas tan extraordinarias. Jugamos a ser hombres y mujeres. Somos tan superiores, que hasta lo más fundamental se empequeñece y se transforma en nosotros en un detalle como las rayas de un calcetín o el color de una corbata.

JUAN. ¿Te espanta?

OSCAR. No. ¡Me admira! ¿Te casas? Sí, me caso. Bueno, te casas.

LULÚ. ¡Oh, realmente somos superiores! ¡Saludemos en nosotros a la más maravillosa de todas las juventudes!

OSCAR. Salud, hermana.

LULÚ. Salud, hermanos. *(Se oye un timbre.)* Papá y...

LOS TRES. Mamá.

LEONARDO. Buenas tardes.

MARIÓN. ¡Oh! ¿Pero estábais aquí? ¿No habéis salido? ¡Oh, qué tontos! Toda la tarde metidos en casa.

OSCAR. ¿Y vosotros?

MARIÓN ¡En el Retiro! ¡Cómo estaba él Retiro, verdad, Leonardo? ¡Tantos años que no le veía! Es una tarde de invierno espléndida, calienta el sol y el aire es tibio, y da pena pensar que hay que morirse. Bueno, yo tengo la desgracia de pensarlo cuando estoy alegre. Y hoy estoy muy alegre. ¡No sé, ni puedo explicármelo, pero muy alegre, muy alegre! ¡Me siento tan

dichosa de estar entre vosotros, tan orgullosa de sentirme vuestra, que me parece que no lo merezco, que he robado mi dicha, que lo he robado todo, hasta mi sangre, que no es sangre, que es el sol de esta tarde, que ha venido y se ha metido en las venas! *(Juan mira a Oscar, Oscar mira a Lulú, Lulú mira a su padre, Marión los mira a todos.)* Sí..., soy tonta. No habéis salido esta tarde.

OSCAR. Ya lo ves. Es estúpido salir. Hoy todas las cosas interesantes se llevan para andar por casa. La calle es lugar de gentes soeces, mal educadas; yo prefiero gentes pulcras, aunque me aburran.

JUAN. Nada hay tan aburrido como las gentes pulcras.

OSCAR. Y ¿qué le vamos a hacer? Cada uno tiene sus defectos.

MARIÓN. ¡Oh! Yo creía que los ingleses sólo estaban de moda en Inglaterra.

OSCAR. ¡Oh, no! No te fijes, mamá; esto de la moda es cuestión internacional. España no está de moda. España se divierte. Un país que no se aburre es un país perdido.

JUAN. Claro.

LULÚ. Naturalmente.

OSCAR. Es *chic* aburrirse. Yo me aburro.

JUAN. Y yo.

LULÚ. Y yo.

OSCAR. Naturalmente.

MARIÓN. ¡Oh! ¡Qué hijos tenemos, Leonardo!... ¡Qué hijos!

LEONARDO. ¿Te extraña? ¿No te los imaginabas así?

MARIÓN. No. Sobre todo, tan iguales.

LEONARDO. Mejor. Entre cosas iguales no hay necesidad de distinguir nunca.

MARIÓN. ¡Nunca! Sí, los tres iguales.

LULÚ. Has llevado un sombrero precioso, mamá. No los

hace igual mi Madame Fleur. Ahora se lo estaba diciendo a los chicos.

OSCAR. En una cabeza de mujer lo más interesante es el sombrero

MARIÓN. ¿Te gusta?

LULÚ. Mucho.

MARIÓN. Para tí.

LULÚ. ¡No, mamá! ¡Por Dios! ¡No lo decía por eso!

MARIÓN. ¡Qué más puedo desear que dártelo a tí..., hija mía!

LULÚ. ¡Oh, mamá! ¡Te ha salido muy bien ese «hija mía»! De veras: ha parecido que realmente eras mi madre.

MARIÓN. ¿Por qué no? ¿Verdad, Leonardo?

LULÚ. ¡Ja, ja, ja!... Te cojo la palabra y el sombrero; pero me queda el remordimiento de que sea yo la que tenga la culpa de que lo pierdas.

MARIÓN. No. Tú no eres... Oscar, quiero hacerte una pregunta: ¿tú crees que puede engañarnos el corazón, que es posible que cuando el corazón nos dice «éste»: después no sea?

OSCAR. ¡Ay, mamá! Tú debes de estar todavía en el Retiro.

MARIÓN. Contesta. ¿Puede engañarnos el corazón?

OSCAR. Los corazones son como los despertadores: unos cacharros que hay que darles cuerda. En nuestros tiempos nos hemos olvidado de darles cuerda, y vivimos tan ricamente. Yo no sé cómo hay hombres que pueden vivir con un despertador dentro. Yo no sería de ellos.

MARIÓN. No, tú no eres... ¡Juan!

JUAN. ¿Qué, mamá?

MARIÓN. ¿Por qué estás tan poco tiempo en casa? Nunca te veo... Quisiera que sólo vivierais para mí.. ¡Os quiero tanto!

JUAN. ¡Qué cosas dices!; demasiado comprendemos que no es verdad. Tratas de fingir un cariño tal como si

realmente fueras nuestra madre, y no lo eres, mamá ¿Cómo vas a querernos de esa manera? Es muy natural que sea mentira. Y nosotros, yo, por ejemplo, ¿cómo quieres que te demuestre un cariño así? Es la realidad, sencillamente. Yo no soy tu hijo, mamá...

MARIÓN. No. Tú no eres.

LEONARDO. Vamos, Marión. Es la hora del té, y vamos a tomarlo solitos como dos recién casados. Vamos. ¿Buscas algo?

MARIÓN. *(Mirando a todos lados.)* No.

OSCAR. Sí; ¿qué buscas?

MARIÓN. Nada; una cosa que dejé, y no la encuentro.

OSCAR. ¿La perdiste?

MARIÓN. No; yo sé que está aquí.

OSCAR. ¡Entonces! Si está aquí, ya la encontrarás. No tiene importancia.

MARIÓN. ¡Claro! No tiene importancia.

LEONARDO. ¿Vamos, Marión?

MARIÓN. Vamos, Leonardo. *(Mutis. Entra Sofía.)*

SOFÍA. Buenas tardes, sobrinos.

LULÚ. ¡Hola, tía! ¿Qué tal?

OSCAR. ¿Tú por aquí?

SOFÍA. Vengo sofocadísima. Acabo de tener un disgusto con mi hermana. ¡Oh! Es insoportable. No comprendo cómo hay ciertas personas que se gozan en tener disgustos con todo el mundo.

OSCAR. Ni yo tampoco. Pero las hay, tía, las hay.

SOFÍA. Por eso vengo. En casa de los chicos, me dije, estaré más tranquila. ¿Qué? ¿Cómo va la cosa?

LULÚ. ¿Qué cosa?

SOFÍA. ¡Por Dios! ¿Qué va a ser? La nueva mamá.

LULÚ. ¡Oh, horrible! ¡Se pasa el día abrazándonos y diciéndonos «hijos míos»!

OSCAR. ¡Horroroso!

SOFÍA. Sí, sí, sí, sí... Mucho cariño, para luego hacerse dueña de la casa y hacer lo que le dé la gana; tened cuidado y no os dejéis engañar. Si os demuestra un cariño tan exagerado, por algo será; no es que yo me meta a averiguarlo, no. Pero una mujer que abraza, siempre es peligrosa. Además, sólo hay una mujer que pueda llamarnos hijos. Sí. Sólo una. No es que yo quiera mal a Marión, no. Es muy simpática y la quiero de veras. Pero también os quiero a vosotros, y es mi deber preveniros de todo el mal que os pudiera venir de manos extrañas. Yo cumplo siempre, siempre, con mi deber. ¿Dónde están?

JUAN. En el comedor.

SOFÍA. ¡Ah, pues voy a sorprenderlos! Son curiosísimos estos idilios de otoño. ¡Leonardo a sus años!... ¡Qué otoño, qué otoño, Dios mío!

OSCAR. Muy buen tiempo, ¿verdad?

SOFÍA. No creas. Los otoños primaverales siempre han sido ridículos. ¡Ah! Tened cuidado y no os dejéis ganar el corazón. Ya lo sabéis. Madre sólo hay una. ¡Leonardo! ¡Marión! ¡Querida Marión! ¿Dónde estáis? ¡Querida Marión!

OSCAR. Por aquí, tía. *(Mutis.)*

MARÍA. *(Entrando.)* Señoritos... La señorita Conchita y el señorito Luján.

JUAN. ¿Eh?

LULÚ. ¡Nuestros futuros!

JUAN. Que pasen.

CONCHA. ¡Hola, querida! ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?

PACO. Buenas tardes.

LULÚ. ¿Pero vosotros por aquí? ¿Y juntos? ¿Pero qué es esto?

PACO. Ya te contaremos. Una cosa muy original.

JUAN. Sentaos.

CONCHA. No; tenemos mucha prisa, mucha prisa.

PACO. Es un día de los más ocupados.

CONCHA. Van cuatro visitas y todavía nos quedan siete. Gracias al *Buick*. Si no, no sé qué íbamos a hacer.

LULÚ. ¿Pero qué pasa?

PACO. Nada; una noticia que la vamos comunicando a todas nuestras amistades.

JUAN. ¿De qué se trata?

PACO. De algo verdaderamente original: ¡que somos novios!

LULÚ. ¡Oh!

JUAN. ¡Dios mío!

CONCHA. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Es original o no lo es?

LULÚ. Ya lo creo.

JUAN. Originalísimo.

LULÚ. Bueno... Pero... ¿Y cómo ha sido?

PACO. Veréis. Hace dos días, estábamos aburridos una tarde un grupo de chicos y chicas alrededor de una mesa en el Ritz. Y ésta me dijo: «Oye, ¿no se te ocurre algo para distraerme un poco?» Francamente, no se me ocurrían más que barbaridades. Y la hice el amor. Me dijo que sí. Somos novios y nos queremos con toda el alma.

CONCHA. ¿Qué tal?

LULÚ. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

JUAN. Pero ¿de veras os queréis?

PACO. Una burrada. Ahora mismo veníamos en el *Buick* a cincuenta por hora, y se lo venía diciendo: no sabes la sensación que da el llevar la mano en el volante y decir muy deprisa: Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero.

CONCHA. ¡Oh! ¡Ideal!

LULÚ. ¿También tú llevabas la mano en el volante?

CONCHA. No; pero era el vértigo.

JUAN. Claro, el amor a cincuenta por hora.

CONCHA. Bueno, pues ya os hemos dado la noticia, y nos vamos corriendo. Estoy deseando que la sepan las de Vázquez: rabieta segura.

LULÚ. Pero, hija... Tan buenas amigas.

CONCHA. Por eso lo digo, mujer. Ahora venimos de casa de Pepita. Se ha casado y dice que es muy feliz. Claro que es su carácter. El otro día entró un ladrón, y ella tan creída que entraba su marido.

LULÚ. ¿Le llevaron a la cárcel?

CONCHA. No; está en el hospital.

PACO. Es su carácter.

CONCHA. Nos obsequiaron con chocolate y churros. ¡Qué delicia! Estaban tan bien hechos, que no se sabía cuál era el churro ni cuál era el chocolate.

LULÚ. Oye, Paquito, ven acá...

PACO. ¿Qué quieres?

LULÚ. Necesito hablarte...

PACO. Tú dirás.

LULÚ. ¿Es cierto que eres novio de Conchita?

PACO. ¡Sí, mujer! ¿No ves que venimos solos en *auto?*

LULÚ. Entonces, no estás comprometido.

PACO. ¿Cómo?

LULÚ. ¡Claro! Cuando un hombre tiene novia, es que no está comprometido con nadie.

PACO. ¡Caray! ¿Con la novia tampoco?

LULÚ. Pero ¿tú has estado en París, Paquito?

PACO. Sí; un mes.

LULÚ. Pues, parece mentira. ¡Yo siempre te tuve por un chico inteligente!

PACO. No, no. Verás, verás. Los novios son parejas de valientes que juegan a engañarse el uno al otro. O nosotros las engañamos a ellas, y las dejamos, o nos casamos, y entonces ellas nos han engañado a nosotros

Lulú. Claro. Y tú... ¿te vas a dejar engañar?

Paco. ¡Ca, hombre! Yo no soy tonto.

Lulú. Entonces, ¿cuándo la dejas?

Paco. No, no es eso tampoco. Yo la quiero; lo comprendí aquella tarde que estábamos aburridos. Mi corazón me lo dice. Ya te conté lo del volante.

Lulú. Está bien. No hablemos más.

Paco. ¿Estás seria?

Lulú. Sí, estoy seria.

Paco. ¿Qué te pasa?

Lulú. Un hombre que está comprometido no le pregunta nunca qué le pasa a una mujer que no lo está. ¡Ay!

Juan. No nos oyen. Déjame hablar, Conchita. El caso es tener novio. ¿Qué más te da que sea él o que sea yo?

Concha. Ay, no digas eso. ¡Cualquiera diría que estoy ansiosa de hombres! No, hijo, no. Tengo lo suficiente para no buscar en el casamiento ninguna solución económica. De manera que puedo muy a gusto vivir sin ellos.

Juan. Mira, déjate de pamplinas. Las mujeres estáis rabiando por casaros. Tú, que eres inteligente, no me lo vas a negar.

Concha. ¡Oh! Claro; si te pones en razón.

Juan. Pues vamos a ponernos. Con Paquito te puedes casar, o no, no sabemos. En cambio, conmigo te casas dentro de un mes. La cosa es sencilla: cambiar de novio. ¿Eh?, ¿qué te parece?

Concha. Que planteas las cosas con tal claridad..., que, francamente...

Lulú. ¡Ay! Aquellos van más deprisa que nosotros. Mira, Paquito, tienes unos ojos, ¡oh, qué ojos!

Paco. ¿Qué tengo, qué tengo?

Lulú. ¡Ay, qué hombre! No entiende. ¿Y el traje? El traje te sienta admirablemente. Bueno, es que eres elegante. Pocos hombres hay como tú.

PACO. Bueno, tú me estás tomando el pelo, ¿eh?

LULÚ. No, no; en serio: yo creo que a cualquier mujer que te declares, la consigues. Sí, sí. Eres tú, es tu *sprit*, es tu *chic*. No lo puedes remediar. Son cosas que da Dios, hijo mío.

PACO. Ay, ay, ay... Pero..., pero ¿es cierto? ¡Y yo sin haberme enterado! ¿Y dices que a cualquier mujer?

LULÚ. A cualquiera. A mí, por ejemplo, te me declaras, y te digo que sí. ¿No lo crees? Pues haz la prueba, y verás. Anda, anda: dime algo.

PACO. No, no, mujer... Por si acaso.

LULÚ. ¿Es que no soy tu tipo?

PACO. Sí, como mi tipo, sí lo eres.

LULÚ. ¡Ah! ¿Qué es lo que más te gusta de mí?

PACO. Pues... los ojos.

LULÚ. Y ¿por qué te gustan mis ojos?

PACO. Por el color.

LULÚ. ¿Sí? Dime cómo son.

PACO. Son... bonitos, ¿eh?

LULÚ. Detalla.

PACO. Son... negros y grandes, como una noche de tormenta, para meterse en ellos y no ver nada.

LULÚ. ¡Ay, qué bonito es eso! Sigue, sigue.

PACO. Si ya no veo nada. Estoy dentro de ellos.

LULÚ. Bueno, se acabó el romanticismo. Nos casamos cuando tú quieras. Si quieres hablarle a papá, está dentro. No, no, por Dios, no vayas a figurarte que tengo prisa: el amor a cincuenta por hora no me seduce. A mí, francamente, las cosas despacio y bien.

CONCHA. ¡Ay, no se lo digas, Juan mío! Juan de mi alma, no se lo digas, porque nos da un golpe.

JUAN. ¡Vamos! Eres una niña. ¡Faltaría más! ¿Es que entre personas educadas no se puede cambiar de novio?

LULÚ. Díselo; ¿a qué esperas?

PACO. Pero, mujer, ¿cómo se lo voy a decir, si estoy comprometido con ella?

LULÚ. Es que ahora estás comprometido conmigo. ¿O es que piensas que espere hasta que me llegue el turno? ¡Ay, qué hombres, qué hombres! ¡Para qué les hará una caso!

CONCHA. ¡Juan de mi alma, que puede matarte.

LULÚ. ¡Qué hombres, Dios mío!

CONCHA. ¡¡Qué horror!! *(Se echan a llorar las dos, desconsoladas, en dos sillas. Ellos se miran.)*

PACO. ¿Qué le pasa a Conchita?

JUAN. ¿Y a Lulú?

PACO. Que llora.

JUAN. Y ésta también.

PACO. Se ha enamorado de mí.

JUAN. Y ésta de mí.

PACO. ¿De ti mi novia?

JUAN. ¿De ti mi hermana?

LOS DOS. *(Cayendo sentados a la vez.)* ¡Oh! ¡Ah! *(Ellas se levantan y van hacia ellos.)*

LULÚ. Paquito...

CONCHA. Juan...

OSCAR. *(Entrando.)* Pero ¿qué pasa? ¿Qué es esto?

CONCHA. Que me caso con Juan.

PACO. Y yo con Lulú.

OSCAR. ¡Magnífico! ¡Quién podía esperar semejante notición! ¡Un casamiento a cuatro! Pero ¿qué hacéis que no lo decís a todo el mundo? Es preciso que todo el mundo se entere. Si no, estas cosas no tendrían importancia.

LULÚ. Vamos, vamos a visitar a nuestras amistades.

CONCHA. Abajo está el *Buick*.

LULÚ. ¿Cabemos los cuatro?

CONCHA. Sí, sí, sí. Sí cabemos, sí cabemos: seis cilindros.

OSCAR. Pero ¿no se lo decís antes a papá?

LULÚ. ¿Para qué? Ya tendrá tiempo de enterarse.

CONCHA. Vamos, vamos.

PACO. Lo horrible es que ya hemos dicho en cuatro sitios que nos casábamos Conchita y yo.

LULÚ. ¿Y qué importa? Se da contraorden.

CONCHA. Rectificas... y ya está. ¡Ay! ¡Que todas las cosas tuvieran el mismo arreglo!

LULÚ. *(Cogiéndole del brazo.)* ¡Vamos, Paquito! ¡Te quiero mucho, mucho, mucho! ¿Cabremos en el auto?

CONCHA. *(Idem.)* Sí, mujer: seis cilindros. ¡Juan de mi alma!

LULÚ. Primero a la de Antúnez, que es a la que más rabia le va a dar. ¡Ay, Paquito, negro mío!

CONCHA. Que no me despedía. ¡Adiós, cuñado!

OSCAR. ¡Adiós, cuñada!

LULÚ. Primero a la de Antúnez. ¡Te quiero mucho, mucho, mucho!... ¿Pero estás segura de que cabemos?

CONCHA. ¡Sí, mujer!

LULÚ. ¡Paquito!

CONCHA. ¡Juan!

LAS DOS ¡Anda, anda, anda!... ¡Vamos, vamos! *(Mutis de las dos parejas.)*

OSCAR. La más maravillosa de todas las juventudes. ¡Salud, hermanos!

MARIÓN. *(Entrando.)* ¿Estás tú solo? ¿Y qué era ese alboroto?

OSCAR. Los chicos, que se han ido. Juan, con Conchita, y Lulú, con Paquito Luján.

MARIÓN. ¿Sin decirnos nada?

OSCAR. ¡Claro! ¿No ves que ya son novios?

MARIÓN. ¿Que son novios?

OSCAR. Sí, sí, ahora mismo se han arreglado. Creo que quieren casarse en seguida.

MARIÓN. ¿Casarse? No; casarse, no.

OSCAR. ¿Por qué? Vosotros les habéis dado el ejemplo. Los únicos ejemplos que dan resultado son los malos.

MARIÓN. ¡Oscar! ¿Me recriminas?

OSCAR. ¡Por Dios, mamá! ¡Encantado de tener una mamá distinguida, guapa, interesante!... Pero no te debe extrañar que ellos se casen.

MARIÓN. ¡Se van!... ¡Huyen de mí!... ¡Vine buscando un hogar, y no lo encuentro! ¡Os pido un poco de afecto, un poco de cariño, y me lo negáis con una sonrisa muy fina, muy correcta!... «¡Por Dios, mamá; encantado de tener una mamá distinguida, guapa, interesante!...» ¡Sí, sí! ¡Pero afecto, nada; cariño, nada; amor, nada! Y claro; al fin y al cabo, ¿quién soy yo? ¡La extraña, la mujer que entró, la intrusa, la mujer de vuestro padre! ¡Sí, sí, es cierto! Y yo debía ahogar todo mi amor y todo el dolor que siento, para ponerme a vuestro tono y contestaros también con una sonrisa muy fina: «¡Por Dios!... ¡Soy yo la encantada... de tener unos hijos tan distinguidos, tan modernos, tan interesantes!»

OSCAR. Pero, mamá, ¡parece que estás haciendo una película! Eres una gran actriz. ¿Cómo vas a convencernos de que en tan poco tiempo se puede sentir ese amor de madre por tres personas a las que no se conocía? Es imposible. Yo creo que tengo razón, ¿verdad?

MARIÓN. Claro. Sí, sí, sí. Eres muy inteligente y me has descubierto. Yo trataba de fingir mi cariño, para sostener mi puesto en esta casa, para ser más que la esposa, la madre. ¡Hice todo lo que pude y no lo logré, no supe! Eres muy inteligente; y aunque soy una gran actriz, ¿qué le vamos a hacer?, me has descubierto.

OSCAR. ¡Ja, ja, ja! Pero, mamá, desde el primer día. Los

jóvenes de ahora no nos dejamos engañar fácilmente.

MARIÓN. ¿Los de ahora? ¡No, no, no, Oscar! ¿Quiénes sois los de ahora? ¿Los que vivís en *Maxim's* y bailáis el *shimy* y lleváis en el corazón una pelota de *football*? ¿Esos? ¡Esos no llevan en las venas sangre de hombres ni mujeres! ¡Y por eso os reís de mi, porque han pasado de moda mis inquietudes y mis cursilerías, como si las cosas del alma pasaran de moda alguna vez! ¡No, no, no, Oscar, lo único que sucede es que yo tengo corazón, y vosotros no; que sufro y lloro y desespero de no encontrar el vuestro, porque no hay más que muñecos donde ha entrado una mujer!

OSCAR. El corazón engaña tantas veces, que es preferible no tenerlo para no engañarse nunca.

MARIÓN. ¿Y tú estás seguro de que no te engaña conmigo? ¿Crees que yo no puedo llegar a ser tanto como tu propia madre, di? ¿No es posible que la vida hiciera que nuestras sangres fueran iguales? ¿Y que fueras hijo mío, tanto, como si hubieras nacido de mi propia carne?

OSCAR. Que la vida hiciera...

MARIÓN. O que lo haya hecho ya... antes o después. La vida lo hace cuando quiere.

OSCAR. Mamá...

MARIÓN. Sí ¡Mamá! ¡Mamá! Si soy una mujer, ¿por qué no puedo ser una madre?

OSCAR. Pero ¿qué dices?

MARIÓN. Escúchame, Oscar. Yo tengo un hijo mío, mío. Es uno de vosotros. Al casarme me exigió tu padre, para que no le distinguiera, que no llegara a conocerle. Y no me dijo cuál es. No sé. Uno de vosotros. Se lo llevaron al nacer y no me hablaron

jamás de ese hijo, o de esa hija. No sé. Estuve muy mala y tampoco me dijeron. El hijo ya tenía su hogar: el del padre. La madre también tenía otro: el de un sinvergüenza que cargó con ella. Y ahora le busco, le busco. ¡Le pregunto al corazón «cuál es» y no sabe! ¡Y no contesta! ¡Me quema el amor al hijo que no conozco! ¡Y el corazón no sirve para decir cuál es! ¿De qué sirve el corazón si no sirve para esto?

OSCAR. ¿Qué dices? ¿Qué dices?

LEONARDO. *(Desde dentro.)* ¡Marión!

OSCAR. ¿Qué dices?

MARIÓN. ¡Me llama tu padre!

OSCAR. ¡Pero contesta! ¿Es verdad lo que has dicho?

LEONARDO. ¡¡Marión!! ¡¡Marión!!

MARIÓN. Me llama.

OSCAR. Contesta...

MARIÓN. Nuestro pacto... ¡Ja, ja, ja, ja!

OSCAR. ¿De qué te ríes?

MARIÓN. ¡De ti! Para que no digas otra vez que no es fácil engañarte. A vosotros, los de ahora, los modernos, distinguidos e inteligentes, también se os puede engañar, a pesar de que viváis en *Maxim's*, bailéis el *shimy* y llevéis en el pecho una pelota de *foot-ball*. ¡¡Lo siento mucho, pero al muñeco lo ha vencido ahora una mujer!! Y con permiso, ¿eh? Me llama tu padre. *(Mutis.)*

TELON

HA ENTRADO UNA MUJER

ACTO TERCERO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

(La misma decoración. La escena sola. Entran Oscar y Sofía.)

OSCAR. Chist...; pasa, tía, y no hagas ruido.

SOFÍA. Pero ¿es cierto, Oscarito?...

OSCAR. Chist...; es cierto.

SOFÍA. Pero ¿desde cuándo?

OSCAR. Desde hace seis días.

SOFÍA. ¡Qué barbaridad! Ya lo dije yo cuando se casó tu padre. ¡Ay, pobres chicos! Adiós, hogar. ¿Y dónde están?

OSCAR. Papá y Juan, ahí. Mamá y Lulú, allí.

SOFÍA. ¿Y qué hacen?

OSCAR. Chist... Conferencian.

SOFÍA. ¡Ah!

OSCAR. Va a venir la catástrofe. Yo no me meto en nada.

SOFÍA. ¿De manera que decididamente se casan?

OSCAR. Sí, decididamente. Aquello que pareció una broma acabó en serio. Es horrible, tía. Yo prefiero siempre las cosas serias que acaban en broma.

SOFÍA. ¡¡Casarse!! ¡¡Casarse!!

OSCAR. ¿Y qué le vamos a hacer? ¿No lo hace todo el mundo? Hay que casarse, si es costumbre.

SOFÍA. ¡Ah, sí! Pero no se casan como Dios manda, no se casan por amor... Se casan por huír de un hogar que ya no es suyo.

OSCAR. Pero, tía, por Dios... Eso de casarse por amor es una ridiculez. Se acaba el amor, ¿y qué? El matrimonio no se acaba; el matrimonio sigue. Hay que casarse por otras cosas que no acaban tan pronto. ¿No comprendes?

SOFÍA. ¡Oh, qué ideas tan peligrosas!

OSCAR. Siempre es peligroso tener ideas.

SOFÍA. ¡Oh!, parece mentira que pertenezcas a una familia donde se han venerado siempre las viejas creencias y las viejas tradiciones.

OSCAR. Mira, mira, mira. A mí lo viejo no me merece el más mínimo respeto. Es lo nuevo, es lo joven lo que es respetable. Lo viejo ya sabemos lo que ha sido; lo joven no sabemos lo que será. Si, tía. El día que sea viejo me pegaré un tiro para no perder el respeto de mí mismo.

SOFÍA. ¡Oscar! Estás loco de remate.

OSCAR. ¡Ay, sí! ¡Quién sabe dónde acabaré! En el manicomio, en la cárcel, o en la Vicaría...

SOFÍA. ¿Tú también?

OSCAR. Y ¡quién sabe! Todas las mujeres me miran con ojos matrimoniales.

SOFÍA. Y ¿qué ojos son esos?

OSCAR. De todos los colores; pero todos me miran del mismo modo. Azules, verdes, negros, castaños...

SOFÍA. Bueno, Oscar; hablando en serio. ¿Qué te parece el casamiento de tus hermanos? ¿Crees que está bien que la hija se case a los seis meses de casarse la madre?

OSCAR. Es que la madre es muy joven. Parece la hermana de su hija.

SOFÍA. No me vas a decir que la hija es vieja.

OSCAR. Tampoco. Eso, no. La hija parece la nieta de su madre.

Sofía. Oscarito, no te metas en líos de familia.

Oscar. Es verdad; perdona, tía. Hay dos cosas a las que no soy aficionado: ni a los toros, ni a la familia.

Sofía. Gracias. Pero eso no es cierto tratándose de tu madrastra. Claro, una mujer simpática, distinguida. No me digas más.

Oscar. Es una mujer interesante, en efecto. Estaba empeñada en que la quisiéramos como a una madre, y el otro día me contó una historia fantástica, que yo no creí, claro. Fíjate que decía que uno de nosotros era su hijo, y que no sabía cuál. ¡Vamos!, ¿a quién se le ocurre?

Sofía. ¡Oh, pero qué historias! ¡Pero qué gana de inventar historias!

Oscar. Además, ¡tiene unas ocurrencias! No te quiero contar. Ayer me dijo que yo debía trabajar en algo.

Sofía. Eso, sí, Oscarito. Tu padre, a tus años, trabajaba como un negro en una fábrica de harinas.

Oscar. ¡Ah!, y tengo verdadero orgullo de papá. Si no hubiera sido por su carácter y por su perseverancia, yo hubiera tenido que hacer lo mismo, y sería muy triste.

Sofía. Oscarito, me pones nerviosa con esa manera de tomar la vida.

Oscar. Y ¿cómo quieres que la tome? Mira, yo tuve de profesora de filosofía a una tanguista de *Maxim's*. Una chica muy mona. Enseñaba muy bien. Enseñaba todo. La vida, para ella, lo mismo que para mí, no es más que un conjunto de cosas insignificantes: que te compras un par de botas, que te tienes que afeitar, que te da la grippe. Los hombres y mujeres son unos bichitos que han aparecido sobre la tierra, y a cada uno Dios le ha dado una misión. A las mujeres, buscar novio; a los padres, trabajar, y a los hijos, di-

vertirse... Y yo, que me lo he calado, me parece que voy a ser hijo siempre. Y nada más ¿Qué en serio vas a tomar una cosa que empieza por un beso y acaba con un recadito a una empresa de pompas fúnebres? La vida es una broma que Dios nos ha dado.

SOFÍA. Calla, que se oyen voces.

OSCAR. Chist... Será que acaban las conferencias.

SOFÍA. Entonces, me marcho. No quiero que diga Marión que vengo a husmear y a ver lo que pasa Ya sé que me tiene entre ojos. No, no. Cada uno es cada uno, y cada uno en su casa. A mí no me gusta meterme en cosas ajenas, ¿Sabes? No les dices que he estado, que no se enteren.

OSCAR. Descuida. No les diré ni una palabra.

SOFÍA. Oye, luego vendré a enterarme de lo que ha pasado.

OSCAR. Cuando quieras.

SOFÍA. No me acompañes.

OSCAR. Es lo mismo.

SOFÍA. Que nos van a oir.

OSCAR. Chist..., en silencio. Pasa.

SOFÍA. Gracias.

OSCAR. De nada. *(Mutis de Sofía y Oscar. Entran Juan y Don Leonardo.)*

LEONARDO. Está bien; es la primera vez que he encontrado a mis hijos enfrente de mí.

JUAN. No es enfrente de ti, papá. Éramos cuatro en la casa. Tú eras como otro hermano nuestro. Te casaste, y en ninguno de nosotros viste ni la sombra de un reproche. Y ahora, que somos nosotros los que nos queremos casar, eres tú el que te opones.

LEONARDO. No, no...; si no me opongo. Si os queréis casar, tenéis derecho; casaos y sed felices. Pero eso no quiere decir que tenga que ser ahora mismo, como si os molestara seguir aquí y vuestro casamiento no fuera

más que un pretexto para huír. ¡Eso no, Juan! ¡Eso nunca! Todavía soy el jefe de esta casa, y si reconozco yo tus derechos, tú has de saber respetar los míos.

JUAN. Pero, papá...; no te exaltes, no grites...; no hace falta gritar para decir eso.

LEONARDO Mira, Juan, basta. Basta de ironías. No puedo con vuestro carácter, ni puedo con vuestra manera de ser. Yo, que me he ganado la vida con mi trabajo, peleando con la miseria y luchando contra todo, llego ante vosotros y con una frasecita correcta y una sonrisa muy fina, me ponéis nervioso y no soy nadie ante mis propios hijos. Sí, sí, sí, esto es; pero no vamos a discutir así, porque así me lleváis ventaja. Grita como yo, no te importe descomponerte. Lo que vas a perder en fino lo vas a ganar en hombre.

JUAN. *(Tranquilísimo.)* ¡Por Dios, papá! Te pones en un plan en el que no vamos a poder entendernos...

LEONARDO. Mira..., sólo hay una cosa que entender, Juan... ¡que soy el padre! Si entiendes esto, ya no hay dificultad para entender lo demás.

JUAN. Y ¿quién te ha negado eso?

LEONARDO. Es que la palabra padre no está en el Diccionario para significar solamente un señor al que le podemos pedir dinero.

JUAN. No se trata de dinero.

LEONARDO. No. Es peor, se trata de disgustos. Padre, para atender a nuestros caprichos; padre, para satisfacer nuestras necesidades; padre, para pagar nuestras deudas. Pero para atenderle nosotros a él, para sacrificarnos un poquito, entonces no es padre. Pues si es padre para aquéllo, que lo sea para ésto. Padre para todo.

JUAN. Está bien, está bien. ¿Y cuál es el sacrificio que tú exiges?

LEONARDO. Que no os caséis ahora, que esperéis.

JUAN. No. Lo siento, pero no puede ser. Conchita y Paquito tienen mucha prisa. Como comprenderás, no podemos desairarlos. Además, también tenemos prisa nosotros. Se trata de nuestra felicidad, de formar nuestro hogar... Tú comprende...

LEONARDO. ¡Bien! ¿Te casas definitivamente?

JUAN. Sí.

LEONARDO. ¡Pues si como padre no he podido impedirlo, veremos si puedo impedirlo como hombre!

JUAN. Hombre y todo, espero que nunca dejarás de ser padre.

LEONARDO. ¡Claro! No sabría. En cambio los hijos sí saben dejar de serlo!

JUAN. Pero, papá..., ¿qué interés puedes tener en que aplacemos las bodas?

LEONARDO. Ya te lo he dicho. Vuestros matrimonios son una huída; apenas ella entró en casa, vosotros queréis salir. Eso no, Juan. No seáis así. No es por mí, es por ella...; tened piedad de esa mujer... Llega buscando un hogar, y se le escapan los hijos.

JUAN. ¡Los hijos!... ¡Por Dios, papá!

LEONARDO. ¡Oh!... Los hijos, Juan. Los hijos. ¿Tú no lo crees? Tú no lo sabes. Pero, créeme a mí. Los hijos. No protestes, no protestes. Puede que seas tú, tú precisamente, quien no puede protestar. Conque es preferible mil veces que calles. Sí, sí. Calla, calla, calla.

JUAN. Pero ¿qué es eso? Cada vez te entiendo menos. Sólo entiendo una cosa: que quieres con locura a esa mujer...

LEONARDO. No digas «a esa mujer».

JUAN. Bueno. A tu esposa.

LEONARDO. ¿Te cuesta mucho trabajo decir «a mi madre»?

JUAN. Sí. Madre sólo hay una.

LEONARDO. Es cierto. Pero ésta puede ser madre también. Piensa en la tuya, y no la ofendas.

JUAN. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver mi madre con ella?

LEONARDO. Cuando son madres, todas las mujeres son lo mismo.

JUAN. No, si yo la respeto, es muy simpática, muy bien educada; como comprenderás, entre personas educadas no puede ocurrir nada desagradable. Pero de eso a que viva por obligación junto a ella, y que sienta constantemente encima su cariño pegajoso... No. No, papá.

LEONARDO. ¡No digas eso! No has conocido nunca el cariño de una madre, y ahora que ella os quiere así... la rechazáis. Ten cuidado, y no venga el castigo de Dios, Juan. ¿Tú sabes lo que es una madre? Amor, cariño, ternura, sacrificio, todo, en una sola mujer; ¿comprendes? Sé bueno, piensa que ella es tu madre, y sé bueno con ella, y conmigo, y contigo mismo; ¡sé bueno, Juan!

JUAN. ¿Que piense que ella es mi madre?

LEONARDO. Sí, piensa, piensa.

JUAN. No, basta. Hemos terminado, papá. ¿Querías saber si me casaba? Pues sí, me caso. Lo tengo decidido, y no hay que hablar más. Si te opones, lo siento. Sentiré mucho no tener tu permiso.

LEONARDO. ¡Muy bien! ¡Así me gusta! Ya eres un hombre. Pues yo soy otro. Vamos a ver quién puede más.

JUAN. No pretendo luchar contigo.

LEONARDO. ¡Pero pretendes destrozar mi vida, pretendes destrozar mi hogar con esa mujer, por tu capricho! Y eso no lo consiento. ¿Quieres casarte? ¿Quieres irte? Bien. Cásate, vete. Vas a hacer, a sabiendas, un daño en mi vida. ¡No te asuste ahora si, a la fuerza, tengo yo que hacer un daño en la tuya! ¡Marión!

JUAN. ¿Qué haces? Pero ¿qué haces?

LEONARDO. Llamarla. Es muy fácil que entre los tres podamos entendernos. ¡¡Marión!! ¡¡Marión!!

MARIÓN. *(Entrando.)* ¿Qué pasa?

JUAN. No sé, papá que te llamaba.

LEONARDO. Sí, quería que hablásemos un momento.

MARIÓN. Vosotros diréis.

LEONARDO. Marión... pronto tendremos otra boda en la familia: la de Juan.

MARIÓN. Y la de Lulú también. Nos quedamos sin hijos, Leonardo.

JUAN. Queda Oscarito.

MARIÓN. Sí, por ahora. ¡Qué mala sensación he producido en tus hijos! Apenas entro, ellos huyen.

JUAN. No huímos, nos casamos.

MARIÓN. Hay muchas maneras de huír de un hogar. La más sencilla es entrar en otro. Bien, bien. Yo no digo nada, yo no soy una madre y no tengo derecho para aconsejaros. Además, el mal ejemplo, como dice Oscarito, os lo dimos nosotros. ¿Verdad, Leonardo? El matrimonio parece contagioso. Casaos, sed felices. Pero permitidme un consejo. ¡Casaos por amor, y que no haya entre vosotros otra clase de pactos, que suelen salir mal!... ¿Verdad, Leonardo?

LEONARDO. Sí.

JUAN. Por amor, como el vuestro...

LEONARDO. Sí, sí. Como el nuestro. Nació al fin de la vida y no tiene tiempo para morir...

MARIÓN. ¡Leonardo!

JUAN. Bueno, bueno, bueno. Idilios. ¿Y es para esto para lo que has llamado a Marión?

LEONARDO. No. He llamado a Marión, porque como me has dicho que te ibas a casar, he querido que se lo digas a ella a ver qué le parece.

MARIÓN. ¿A mí?

LEONARDO. Sí. A tí. Díselo.

JUAN. ¿Qué te parece, mamá?

MARIÓN. Bien.

LEONARDO. Podéis hablar con sinceridad. Como si estuviéramos en familia.

MARIÓN. ¡Sí, tienes razón, Leonardo! ¡Necesito decir con sinceridad lo que me parece! ¡Estos hijos se van a casar, así, de repente, sin un amor que lo justifique, con otros que son como ellos, y que se prestan también a casarse así, como se usa ahora, como si fueran a jugar una partida al *pocker!*

JUAN. Conchita es una mujer, como mi hermana...

MARIÓN. Es que yo no quisiera para tí una mujer como tu hermana. Quisiera más.

JUAN. Paquito es un hombre. Como yo.

MARIÓN. Es que yo no quisiera para tu hermana un hombre como tú.

JUAN. ¿Más?

MARIÓN. *(Gritando.)* Sí, más, más. ¿Tú crees que los hogares se hacen solamente con saber jugar al *tennis?* ¿Qué es un hogar para vosotros? Un hombre que tiene automóvil y una mujer que va al Ritz. Sí, una casa, bailes, deportes, trajes a la moda. Y nada más. ¡Ya tenéis el hogar! ¡No, Juan, no! ¡En un hogar hacen falta hombres y mujeres!

JUAN. ¡Basta! Ya están bien tus consejos.

MARIÓN. Díselo tú, Leonardo. Díselo tú.

LEONARDO. ¿Yo? ¿Quién soy yo?

MARIÓN. *(Gritando.)* ¿Que quién eres tú? ¡Eres el padre! ¿Es que ser padre ya no es ser nada? Sí, sí, sí, lo comprendo. ¡Si el ser madre duele tanto y es tan poco, el ser padre, que duele menos, ha de ser menos también! ¿Padre? ¿Madre? Total, nada. ¡Tienen razón!

JUAN. ¡Basta! ¿Quién es usted para ponerse en frente de nosotros? ¿Quién es usted en esta casa?

LEONARDO. ¡Juan!

JUAN. Repito que quién es usted.

LEONARDO. ¡Es la madre!

JUAN. No. Tu esposa, que es distinto. La madre, nuestra madre, la que nos dió el sér y la vida, murió, y no la recuerdes ahora, que tampoco la recordaste cuando entró esta mujer en esta casa!

LEONARDO. ¡Calla! ¡Calla!

JUAN. No, la madre, no. La intrusa. ¡Ha entrado una mujer!

LEONARDO. ¿Y si yo te dijera que ha entrado una madre?

JUAN. No lo repitas. Mi madre murió.

LEONARDO. Tu madre no ha muerto..., ahí la tienes.

MARIÓN. ¡Oh! ¡Juan!

LEONARDO. La que te dió el sér, la vida. Yo me casé con ella para que estuviera junto a su hijo. Uno que tuvimos hace veinte años. Tú. Por eso, entró una madre y no una mujer. Ella.

MARIÓN. ¡Es él! ¡Es él!

LEONARDO. ¡El que se alzó contra tí, el que te ofendió... por defender a su madre!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

(Están en escena: Juan, sentado, y rodeándole, Oscar y Lulú.)

LULÚ. ¡Ay! Pero ¿qué dices, Juan? Pero ¿qué dices?

JUAN. Lo que oís. Ha sido una cosa horrible. Hemos tenido una escena y me han hecho la revelación.

OSCAR. Pero, Juan..., pero ¿cómo ha sido?

LULÚ. ¿Quién te lo ha dicho? Pero ¿es posible?

OSCAR. Contéstame, hombre, contéstame.

LULÚ. ¡Ay, Juan! Dime, dime, dime.

OSCAR. ¡Que me contestes te estoy diciendo!

JUAN. ¿Os queréis callar? La cosa es bien seria. Uno de nosotros tres era hijo de ella. Y ese uno era yo. Yo, que no la podía ver, era su hijo. Yo, que la despreciaba, era su hijo. Era su hijo, y huía de su lado. ¿Véis? El castigo de Dios.

OSCAR. ¡Entonces, aquello que me dijo un día era verdad! Había un hijo entre los tres.

JUAN. Y fué el propio hijo el que la llamó intrusa, el que recriminó al padre por casarse con ella.

OSCAR. ¡Qué horror!

JUAN. Aún hay más. Papá se casó para que estuviera a mi lado. Unieron sus vidas por el hijo, y es el hijo el que hubiera querido desatarlas.

OSCAR. ¿Y cómo te lo han dicho? ¿Por qué te han descubierto la verdad?

JUAN. Porque me alcé contra ella, porque la insulté y la dije que quién era para meterseen nuestras cosas. Entonces fué cuando papá me dijo: «Es tu madre». Tu esposa, dije yo, que no es lo mismo. No, no. Madre, madre. La palabra era madre, había dicho madre.

OSCAR. ¡Juan! ¿Y si te han engañado?

JUAN. ¿Qué? ¿Qué dices?

OSCAR. ¿Y si papá te dijo aquello para hacerte callar, para que la respetaras y te humillaras ante ella? Sí, sí; no digas que no. Es posible. Era preciso dominarte, porque te habías alzado. Y porque llegaste a insultarla. Acaso papá no encontró otro medio más a propósito que decirte...: «¡No, no; no la ofendas; eres su hijo!»

LULÚ. ¿Eh?

JUAN. ¡Oscar!

OSCAR. Dime si tengo razón. ¿No es posible? Uno de los tres era hijo de ella, y ella no sabía cuál. El padre no lo dijo por evitar preferencias y hacer que los tres lo fueran de la madre también, que en cada uno de los tres veía al suyo. Pero un día hay uno que rompe la felicidad del hogar y se alza contra todos. No hay forma de evitarlo. Sólo una. Decirle al hijo: «Es tu madre». Y decirle a ella: «Es éste». Fuera mentira o fuera verdad.

JU. Y LUL. ¡¡Oscar!!

OSCAR. ¿No comprendéis? Él ha dicho que eres tú, pero ¿y si ha mentido obligado por tu rebeldía?

JUAN. ¿Y por qué no puedo ser yo?

OSCAR. ¿Y por qué no yo?

LULÚ. ¿O yo?

OSCAR. Somos tres. Antes la duda existía en la madre al buscar dolorida a su hijo entre tres muñecos que encontraba. Ahora la duda existe entre nosotros, y los muñecos se hacen hombres para preguntarse: ¿Quién es de nosotros tres?

LULÚ. ¡No, no, no! ¡Es horrible! ¡Dudar así es horrible! ¡Yo no puedo soportar esta duda!

OSCAR. Pues si tanto te duele a ti, que eres una muñeca, ¡¡imagínate lo que le habrá dolido a ella, que es una mujer!!

JUAN. ¡No! Yo no comprendo esto. Ha podido engañarme a mí para que me callase, para que dejara de insultarla. Pero ¿cómo iba a engañarla a ella? ¿A una madre cómo iba a decirla: «Es éste», para que luego no lo fuera?...

OSCAR. Es que a ella ha podido decirle la verdad antes o después.

JUAN. Pero ¿por qué te empeñas en que ha de ser una mentira?

OSCAR. ¿Y tú por qué te empeñas en que ha de ser una verdad?

JUAN. Porque me lo han dicho.

OSCAR. Es que, mentira o verdad, no te lo hubieran dicho si no la hubieras insultado.

LULÚ. ¡Calma, Juan, calma! Oscar tiene razón. Todavía puede ser uno de nosotros.

JUAN. ¡¡No!!

OSCAR. ¡Calma! Vamos a tratar las cosas con calma, como hombres. Yo no te digo que no seas tú. Puede ser que la Naturaleza se haya complacido en que fuera el hijo, precisamente el hijo, el que se rebelara contra la madre. ¿Y si no fuera cierto? ¿Por qué no puedo ser yo, o ella?

JUAN. ¡Basta, basta! Bien pronto vamos a saberlo.

OSCAR. ¿Qué haces?

JUAN. Nada, ir a llamarles. No te apures, Oscar. Tratar las cosas con calma, como hombres.

LULÚ. ¿Preguntárselo?

JUAN. Sí, preguntárselo. Saber la verdad, que debe ser tan nuestra como de ellos, y exigir que nos contesten.

OSCAR. No; exigir, no, Juan; exigir, no. Cuando la duda existía en la madre, ella no lo exigió. ¿Vamos ahora a exigirlo nosotros?

JUAN. Es que tenemos derecho.

OSCAR. ¡Sí, derecho! Pregúntalo. Pero exigir, no; exigir, no.

JUAN. Entonces, vamos a saberlo.

OSCAR. Espera. Vamos a saber la verdad, van a disiparse nuestras ansias y nuestras inquietudes. Pero ahora, en este instante de duda, ella es madre de los tres, ¡¡sea su hijo el que sea!!

JUAN. ¡Papá, papá! *(Pausa.)*

LEONARDO. *(Entrando, seguido de Marión.)* ¿Qué quieres?

JUAN. Hablarte. Hacerte una pregunta para que nos saques de una duda en la que no podemos seguir ni un momento.

LEONARDO. Tú dirás.

JUAN. Hace un instante me dijiste que Marión era mi madre, precisamente cuando la ofendí. Yo no sé si has mentido. Dinos la verdad. Aunque no fuera yo, la respetaría siempre como a mi madre, por pensar que hubo un instante en que pudo serlo.

OSCAR. Y yo.

LULÚ. Y yo.

JUAN. Pero dinos la verdad. No podemos por más tiempo soportar la duda.

LEONARDO. Pues bien; llegó la hora de la verdad. Todo en la vida tiene su hora. Eres tú, Juan. No he mentido. Pero si no creéis en mis palabras, preguntádselo a Marión, que ella os lo dirá.

LOS TRES. ¿Cuál?

LEONARDO. Contéstales Marión. Diles la verdad...

OSCAR. ¿Soy yo?

LEONARDO. ¿Es Oscar?

MARIÓN. No, no es Oscar.

LULÚ. ¿Soy yo?

LEONARDO. ¿Es Lulú?

MARIÓN. No, no es Lulú.

JUAN. Entonces, ¿yo?...

LEONARDO. Entonces, ¿Juan?

MARIÓN. No, no es Juan. ~~El hijo, el hijo mío de mis entrañas, que yo venía buscando, ya lo encontré, y no sois vosotros. Es el que va a nacer. ¡Ese, ese es el mío!~~ Hijos no son los que nos dan hechos, aunque nazcan de nosotros. ¡Hijos son los que nosotros hacemos, los que son a semejanza nuestra y en los que vamos

poco a poco depositando nuestra propia existencia!! ¡¡Hijo no es el que nace, es el que se hace!!

JUAN. Pero, de los tres, soy yo.

MARIÓN. No importa. ¡Eres tú! ¡Eres tú, pero los tres iguales, como antes! Porque en cada uno de vosotros aprendí mi dolor de madre, y mi duda me hizo quereros a los tres por igual. Las mismas ansias, las mismas inquietudes, los mismos desprecios me hicisteis sufrir los tres. Y ahora, que ya murió la duda, y ya sé cuál es, si uno de vosotros lleva mi sangre, los tres lleváis mi corazón, que se ha roto en mis manos al no encontrar el vuestro!!!

LEONARDO. Ofreced vuestro corazón a cambio del que habéis destrozado. Y si ella vino buscando un hijo, que encuentre tres.

TELÓN



Juicio crítico de la Prensa de Madrid del día 19 de Marzo de 1925

DEL «A B C»

«Ha entrado una mujer».

Para los artistas de la compañía que dirige el primer actor Manuel Llopis sonó anoche en el teatro de El Cisne la hora del triunfo, con el estreno de la comedia en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, original del joven autor Enrique Suárez de Deza, y titulada *Ha entrado una mujer.*

En Suárez de Deza, el público distinguido y tan numeroso que casi llenaba la amplia sala del simpático teatro, saludó a un autor muy estimable, a quien aguardan seguramente, de no apartarse de la ruta que se ha trazado, resonantes triunfos, ya que ahora, en los comienzos de su carrera de comediógrafo, se nos presenta abordando un tema hondo y viejo, tratado en el teatro por plumas gloriosas, con habilidad bastante para llegar al corazón de los espectadores, y dando a su obra estimables matices de modernidad.

En un hogar, constituído por el padre y tres hijos—dos varones y una hembra—, entra una mujer, que aun casada con el padre, no es nunca madrastra, en el sentido de tiranía y desafecto que generalmente se concede al vocablo, porque uno de los tres hijos lo es suyo realmente. El padre, de acuerdo con

ella, calló el nombre del hijo de ambos; así, los tres serán sus hijos. Mas la voz de la sangre no se escucha, y para los tres muchachos aquella mujer es *una intrusa*. No bastan las bondades de Marión para conquistar el afecto de los hijos, y precisamente el suyo es quien con más dureza la apostrofa y el que con mayor empeño quiere abandonar la casa paterna.

En una de las más bellas escenas, el padre rompe el silencio que se impuso y dice toda la verdad. Los hijos, entonces, quisieran seguir ignorando cuál de ellos debe la existencia a Marión; pero ella reniega del hijo; no es ninguno de aquellos tres muñecos de ahora, sin corazón, el que creyó encontrar, sino otro, cuya vida se anuncia.

Ha entrado una mujer resulta una excelente obra, y por ella puede felicitarse al joven comediógrafo Suárez de Deza, que logró los honores del proscenio con toda dignidad.

Los artistas vivieron la comedia de un modo notable. Eloísa Mariscal dió emoción a su papel de madre, y Manuel Llopis acertó en la composición del padre. Los hijos fueron muy bien interpretados por Leonor Urcola y los galanes Sres. Álvarez Rubio y Muñiz, demostrando éste ser un buen discípulo de Santiago Artigas. Los restantes contribuyeron al aceptable conjunto.

DE «EL SOL»

CISNE

«Ha entrado una mujer», comedia en tres actos y en prosa, de D. Enrique Suárez de Deza.

Como artículo de fe se sienta la afirmación de que el autor novel encuentra siempre en su camino literario un muro de contención infranqueable que sólo puede romper la casualidad o la

suerte. Este muro lo integran, según los interesados y sus familiares, los autores consagrados, que, en su egoísta acaparamiento, no pueden tolerar que los novicios les resten gloria y algo más.

Nosotros no opinamos así: no podemos creer que en la época actual, que se señala por la falta de obras y de autores, los noveles tropiecen con la barrera infranqueable que ahogue sus triunfos pretéritos, no; lo que ocurre es que la mayoría de los propaladores de esta afirmación gratuita no han logrado hacer la obra que los acredite, que les franquee la entrada a las filas de los que son y valen; pero el que pensó, dió vida y supo desenvolver un valor literario adaptable a las exigencias del arte escénico, ése llega, entra y triunfa, arrollando al pretendido fantasma.

Don Enrique Suárez de Deza, afortunado autor de la comedia *Ha entrado una mujer*, confirma nuestro aserto. El Sr. Suárez de Deza es muy joven, lo que hace suponer que no puede haber luchado mucho, y al llegar, conseguido su propósito de estrenar, ha vencido. Ya fácilmente logrará su entrada en los escenarios, y lo conseguirá porque su comedia reúne las características de las buenas comedias, es decir, dibuja los caracteres con firmeza, dialoga con soltura, prepara las situaciones sin violencias y mantiene el interés hasta el final, hasta el momento preciso, pero siempre en línea recta, sin desvíos del pensamiento central.

El asunto es muy original y bastante atrevido de forma; fuerte, pero de interés.

El autor fué llamado a escena muchas veces al finalizar todos los actos, y también en una escena del segundo, muy bien vista y muy animada.

La Mariscal fué muy aplaudida, así como las señoritas Urcola, Calvo, Monteagudo, Miranda y Muñoz, y muy bien también Llopis, Rubio, Muñiz y Del Campo.—M. A.

DE «LA VOZ»

CISNE

«Ha entrado una mujer».

Seguramente perdurará por mucho tiempo en el recuerdo del afortunado autor de *Ha entrado una mujer* el éxito obtenido por esta su primera comedia, estrenada anoche en el teatro del Cisne. El público satisfizo plenamente con sus aplausos calurosos y prolongados las ilusiones que se forjara el novel autor, que tuvo que salir a escena varias veces, y al final de la comedia dar las gracias con voz que la emoción quebraba. Sinceramente declaramos que el éxito fué merecido, y el público hizo bien en premiar cumplidamente la labor del autor nuevo.

Don Enrique Suárez de Deza, éste es su nombre, ha escrito una primera comedia digna por todos conceptos de atención. El diálogo es natural y suelto; las escenas, dispuestas con gran sentido, y la nota cómica, intercalada con buen gusto. Mas que para provocar la carcajada estrepitosa, para dar lugar a que el espíritu descanse y la atención deje de ser fatigosa. Al asunto en sí, una crítica rigurosa tiene que poner el reparo de su falta de originalidad. En nuestro teatro tiene antecedentes gloriosos. Un hombre tuvo un hijo, fruto de sus amores, que arrancó, horas después de nacer, de los brazos de la madre, y que después aparece viviendo como un hijo legal con otros dos de legítimo matrimonio. Viudo el padre, va a contraer matrimonio con la que fué su amante; pero ante el temor de que no sea madre para los tres hijos, le oculta cuál de ellos es el suyo, y de esta forma confía en que a los tres ha de prodigar su segunda mujer sus afectos y su ternura. Realizado el matrimonio, los hijos no aceptan la presencia en la casa de la madrastra, y aunque ella pone toda su ternura y toda su bondad para despertar en ellos el cariño, no lo consigue. Para los tres es la intrusa, y el que más

se distingue en su repulsa a la segunda mujer es su propio hijo, hasta el extremo de llegar a provocar la indignación del padre, que insinúa que uno de los tres es hijo de ella.

Entonces los tres hijos, dos varones y una hembra, quieren resolver el enigma que el padre les plantea. Los tres quieren saber quién es el hijo de la intrusa, y entonces ella, amargado su corazón por los desdenes de los tres muchachos, muñecos sin corazón, los rechaza por igual, y sólo reconoce por hijo suyo al que lleva en las entrañas, al cual hará un hombre.

Este es el asunto de la comedia, llevado, a nuestro juicio, con fortuna. Quizá no sea tan excelente el primer acto, por la dificultad de presentar los caracteres.

El segundo está muy bien desarrollado, y el tercero (dividido en dos cuadros) determinó el éxito definitivo que registramos al principio.

La interpretación fué bastante aceptable. Eloísa Mariscal—la intrusa—dió a su papel la emoción requerida, y Manuel Llopis acertó en la composición del tipo del padre, personaje nada fácil de encarnar. Los hijos encontraron acertados intérpretes: la muchacha, en Leonor Urcola, y los dos jóvenes, en los señores Alvarez Rubio y Muñiz; este último, encargado de hacer el papel de hijo mayor, se mostró como un buen galán y un artista, cuya sobriedad y atinada composición de los tipos lo situarán como uno de nuestros mejores galanes de comedia. Los demás intérpretes contribuyeron al éxito.

V. G. de M.

DE «INFORMACIONES»

CISNE

«Ha entrado una mujer».

Encontrar en un novel algún atisbo de discreto comediógrafo va resultando cada vez más difícil.

Por eso hemos de celebrar con mayor entusiasmo el adveni-

miento al campo teatral de Enrique Suárez de Deza, que anoche estrenó *Ha entrado una mujer,* en el Cisne, logrando un éxito sincero y merecido.

No recordemos los puntos de contacto de la idea eje de la obra con una inmortal creación galdosiana; la semejanza entre la situación de Marión—protagonista de la comedia de Suárez Deza—y la del león de Albrit en nada amengua los méritos de *Ha entrado una mujer,* que, en conjunto, puede y debe considerarse como feliz nuncio de la llegada de un comediógrafo que merece vivir del teatro.

La compañía de Llopis—que ha montado la obra en tres días—se produjo como si llevara un mes ensayando. Eloísa Mariscal, en la protagonista; Pablo Alvarez Rubio y Manuel Llopis, en un papel de escaso lucimiento, merecen ser destacados del homogéneo conjunto. Vaya también otro elogio para éste como director y por la excelente postura escénica, con un bien entendido decorado de Martínez.

Las ovaciones con que se saludó en todos los actos la presencia del autor culminaron en el tercero, obligándosele a dar las gracias a los que tan generosamente acogían su primera comedia.—SAM.

